

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

# LLUVIA DE ORO

Kelltom McIntire



El viento zumbaba fuerte, helado, y le calaba hasta los huesos.

En lo alto, las aspas seguían girando, potentes, provocando gélidos torbellinos que azotaban su rostro.

—Zorra maldita —gruñó quedamente, pensando en Labwana, la bella muchacha de caderas mareantes y cabellos largos y sedosos.

Se mordió los labios, incapaz de soportar el intenso sufrimiento.

Sin embargo, el frío conseguía aminorar las punzadas de dolor que taladraban sus músculos lacerados, y su piel cubierta de rojos y profundos verdugones sanguinolentos.



Kelltom McIntire

# Lluvia de oro

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1475**

ePub r1.0

Lds 02.02.19

Título original: *Lluvia de oro*

Kelltom McIntire, año de 1.<sup>a</sup> publicación en idioma original

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



# SS

## SERVICIO SECRETO



## CAPÍTULO PRIMERO

Tom

O’Ryan

notaba sus músculos adormecidos, acorchados, absolutamente insensibles.

El viento zumbaba fuerte, helado, y le calaba hasta los huesos.

En lo alto, las aspas seguían girando, potentes, provocando gélidos torbellinos que azotaban su rostro.

—Zorra maldita —gruñó quedamente, pensando en Labwana, la bella muchacha de caderas mareantes y cabellos largos y sedosos.

Se mordió los labios, incapaz de soportar el intenso sufrimiento.

Sin embargo, el frío conseguía aminorar las punzadas de dolor que taladraban sus músculos lacerados, y su piel cubierta de rojos y profundos verdugones sanguinolentos.

Cerró los ojos. No necesitaba mantenerlos abiertos para comprender que su fin estaba próximo.

¿Por qué, si no, le habían colgado salvajemente del tren de aterrizaje del helicóptero...?

Se estremeció de nuevo. El temblor no era ahora de frío, sino de espanto.

Iba a morir. Y Tom

O’Ryan

amaba la vida, como cualquier ser humano.

La vida significaba algo tan bello como la propia Labwana, la perra traidora que había fingido amarle para... venderle.

Con los párpados apretados, a Tom le era fácil recordar aquellas noches en la playa.

Incluso podía imaginar la dulce cadencia de los «ukeleles» hawaianos, desgranando sus melodías, entre los altos y cimbreantes

cocoteros de la orilla.

Labwana estaba desnuda a la luz de la luna. Podía ver su piel bronceada, que brillaba como metal bruñido, y sus negros cabellos flotando como un halo de seda alrededor de su exótico y bello rostro.

Tom se había dejado llevar por la tentación. Bruscamente, la abrazó por la cintura y la besó ardientemente en los labios.

Labwana no se resistió. Por el contrario, su cuerpo ardoroso se plegó al del hombre, y sus labios devolvieron, suaves, las caricias.

—Eres fuerte, americano. Fuerte y apasionado. Me gustas —murmuró ella, excitada.

La pasión del hombre creció como las crestas espumosas de las olas que venían a morir al acantilado.

Después... fue el frenesí, el fuego del deseo, el placer desbordado...

Labwana era deliciosa.

Poseía distinción y un irresistible atractivo erótico.

Sabía contonear las caderas de forma excitante, erguir, desafiante, el prieto busto y mirar de forma insinuante y enigmática.

Era muy inteligente. Había estudiado algunos cursos de Medicina, y era una enfermera muy eficiente.

Aquella noche, Tom bebió mucho, demasiado.

La deliciosa y ligerísima cena, la música, la turbadora presencia de Labwana, invitaban a beber sin tasa, a olvidar todo lo que no fuera la mujer que tenía próxima, al alcance de la mano.

Tom había olvidado, en parte, su deber; se había dejado ganar por el excitante embrujo de la isla de Yaramaru.

Allí los jóvenes hacían el amor sin convencionalismos, al arrullo del rumor de las hojas de las palmeras, sin prejuicios de ninguna clase.

Volcanes en erupción, leyendas remotas y fantásticas, vida fácil, cómoda, excitante, enloquecedora...

Y color, color radiante; unas veces suave, otras rabioso. Mar ancho, profundo mar azul, poblado de peligrosos tiburones.

Vida, muerte, intenso erotismo, amor...

Las placenteras e intensas sensaciones habían minado la voluntad de Tom

O’Ryan.

Aquello había tenido un principio. Y había de tener un fin.

Para Tom, el final estaba próximo, lo presentía: el estrépito de las aspas del helicóptero se lo recordaba fatalmente.

Abrió los ojos con esfuerzo, y trató de mirar hacia abajo, a pesar de que colgaba boca arriba.

Ya no volaban sobre tierra. El helicóptero surcaba el aire a unos trescientos metros de altura sobre un mar, bañado por la luz plateada de la luna.

El astro nocturno, enorme, fulgía en el firmamento con relumbres rojizos.

Las crestas de las pequeñas olas se teñían de rojo, a intervalos.

—Parece... un mar de sangre —pensó Tom.

¿Adónde... adónde se dirigía el helicóptero?

—Qué más da —murmuró—. Lo único cierto es que voy a morir.

Cerró los ojos, dolorido.

Con la oscuridad, volvió el recuerdo de Labwana.

Y la playa.

Labwana se había puesto en pie, de un ágil salto. Y reía a carcajadas. Provocativa y cantarínamente, reía sin cesar.

Luego, ella se alejó corriendo y Tom la persiguió, espoleado por el deseo.

Tom galopaba en pos de ella, rabioso, porque no conseguía alcanzarla. Claro que había bebido tanto aquella noche. Como todas...

Labwana se detuvo, burlona.

Y seguía riendo a borbotones, con aquella risa juvenil, fresca, excitante y llena de vida.

Tom, asfixiado por la carrera, trataba de recuperar la respiración, cuando ella se alejó hasta el borde de la espuma.

Como loco, tomó a perseguirla, tropezando, cayendo, incorporándose de nuevo, en aquella absurda y torpe persecución.

Labwana se apartó de la orilla, y se detuvo al borde del bosquecillo de cocoteros.

El llegó poco después, sudoroso, jadeante y excitado.

La tomó en sus brazos. El cuerpo de la mujer estaba fresco, húmedo aún.

Buscó sus labios y los besó frenéticamente, con desesperación.

Y ella volvió a plegarse, sumisa y hábil, a todos sus deseos.

Todavía seguían sonando los lánguidos «ukeleles» en la mágica noche de Yaramaru, aquella pequeña isla perdida en el Pacífico, lejos del mundo y apartada de todas las rutas de navegación.

Tom y Labwana regresaron caminando por la playa, exhaustos, ahitos de placer.

Penetraron en el «*bungalow*», silencioso, fresco y acogedor.

Pero Tom se estremecía en febriles escalofríos, y sentía un terrible dolor de cabeza.

Por el contrario, ella aparecía relajada, chispeante y alegre.

Al fin, Labwana reparó en el rictus dolorido que contraía las facciones del hombre.

—¿Fatigado, amor mío? Cálmate. Ahora debes acostarte, descansar. Así —los finos dedos de la mujer acariciaban sabiamente sus sienes, dejando una sensación agradabilísima sobre su piel.

Comenzó a adormecerse. Y así, casi inconsciente, tragó las dos píldoras que ella puso en sus labios.

No debió transcurrir mucho tiempo antes de que despertara, bañado en sudor y respirando dificultosamente.

Labwana acudió, solicita. No se había acostado. Por el contrario, permanecía en pie, próxima, cuidándole.

¿Cuidándole?

—Calma, Tom. Te inyectaré un tranquilizante —Labwana sonreía, enigmática, escrutándole a través de los inmensos ojos negros—. Bebiste mucho, ¿no es cierto? La inyección te relajará.

Ella le tomó el brazo con cuidado, y pinchó la aguja en la vena, con gran habilidad.

Apenas penetrar el líquido en su torrente sanguíneo.

Tom notó que un extraño e insoportable ardor recorría todo su ser.

Quiso alzarse, pero no pudo.

Junto a él, cada vez más desvaída su imagen, estaba Labwana.

¿Sonreía?

—Lástima —le oyó murmurar—. A pesar de todo, me gustas, americano. A pesar de todo.

## CAPÍTULO II

¿Cómo había sucedido?

Tom *sabía* que su cerebro se había convertido en un gigantesco depósito de grano, en un colosal silo.

El silo estaba lleno hasta rebosar. Lleno de grano seco, oloroso y henchido, como chorros de oro.

¡Atención, cuidado! Una hormiga acababa de penetrar en su cerebro, a través de la nariz.

La veía. Era una hormiga negra, de cintura estrecha y caderas de ánfora. ¿O no eran caderas? No, no lo eran: era el abdomen, brillante y lustroso, poblado de enhiestas cerdas.

La hormiga acababa de detenerse. Frotaba sus antenas con las patas delanteras, y parecía admirada al contemplar la inmensa riqueza depositada en el silo-granero de Tom O’Ryan.

Se sentía tentada de coger uno de aquellos granos dorados, pero su instinto le decía que sería mejor avisar a sus compañeras.

Juntas, a miles, a millones, dejarían vacío fácilmente aquel inmenso, dilatado granero.

Y volvió a salir. Por la nariz.

En principio, Tom no dio importancia al hecho. ¡Una hormiga! ¡Cosa más diminuta, más inofensiva...!

Pero, luego, cuando la larguísima hilera de himenópteros penetró en su silo-cerebro, y miles de ellas agarraron los granos con sus fuertes pinzas, él comenzó a preocuparse.

Su alarma fue creciendo a medida que sentía su cerebro vaciado raudamente por aquellas diminutas ladronas.

La incesante procesión, con sus constantes idas y venidas, iba robándole miles, millones, billones de granos.

Le estaban robando su tesoro. Sus granos. ¿O sólo eran células cerebrales?

Fuera como fuese, aquello era suyo. Debía defenderlo. Pero ¿cómo?

No tenía brazos, ni piernas, ni cuerpo. Sólo aquel inmenso cerebro-silo, el almacén de sus ideas, de sus vivencias, de sus recuerdos...

Fue un tormento estremecedor, alucinante.

Las hormigas, como fríos y eficientes animales de acero, seguían despojándole de su única propiedad.

Ya apenas quedaba un tercio de su riqueza. ¡Y pronto no quedaría nada, absolutamente nada!

Se concentró. Tom no era más que un cerebro-almacén. Debía utilizar su cerebro.

Sólo podía hacer eso: concentrarse, concretar sus ideas, convertirlas en un arma, con la que defenderse de la invasión.

Tan intenso fue su esfuerzo mental, que los ejércitos de hormigas quedaron paralizados, como galvanizados por la sorpresa.

¿Durante cuánto tiempo?

En su cerebro-silo, el tiempo no tenía valor alguno.

Luego, de repente, como en un alud, las hormigas recobraron el movimiento.

Codiciosas, rabiosas, se movían veloces, como si intentasen recobrar el tiempo perdido.

Al fin, el silo quedó vacío. Ni un solo grano, todo se lo habían llevado las avariciosas hormigas.

Tom se agitó frenéticamente, en el colmo de la desesperación.

Porque ahora no era nada. Sólo un cerebro vacío, estremecedoramente hueco.

—De ahora en adelante, tened cuidado —se oyó una voz metálica, que resonó dolorosamente en las desnudas paredes de su cerebro—. Comienza a volver en sí. Tú, Labwana, Vigílale. Ten preparada otra inyección.

Hasta los oídos de Tom llegó el retumbar de una carcajada interminable.

—¿Para qué tantas precauciones? —pronunció otra voz, más aguda, atiplada—. Está tan débil como un niño. Yo mismo podría tumbarle de un puñetazo, ¡ji, ji, ji...!

—Haz lo que te he ordenado, Labwana.

—El tiene razón, Labwana... ¡obedece! —Éste era un nuevo sonido, desagradable, muy desagradable.

Hubo una evolución. Lenta y cadenciosa, por fortuna.

Los sonidos llegaban ya mejor sintonizados, sin estridencias, sin provocar aquel hondo malestar en el cerebro de Tom.

Luego sintió aquel hormigueo extraño. Y de pronto, la sensación de que, sí, poseía un cuerpo, con brazos, piernas, incluso estómago.

La garganta estaba seca, y había un sabor amargo, acre y repugnante en su paladar.

Tom

O’Ryan

fue volviendo lentamente en sí. Y al fin, abrió los ojos.

Vio una habitación amplia y fría, de paredes brillantes, pero desnudas.

El gran foco múltiple que lucía en lo alto le obligó a cerrar los ojos prestamente.

Luego, poco a poco, sus ojos fueron habituándose a la potente luz. Tom consiguió mantenerlos abiertos.

Un rostro bellísimo apareció en su área de visión... ¡Labwana!

Detrás, en segundo término, aparecieron otros tres rostros.

Uno correspondía a un cráneo macizo, de rasgos teutones. Una cabeza completamente calva, sin cejas, ojos enrojecidos, inyectados en sangre, una nariz prominente y ancha, una boca de labios delgados, crueles.

El segundo rostro era redondo, limitado por cabellos lacios, grasientos, tan oscuros que azuleaban. Los ojos eran oblicuos, malignos; la nariz roma, corta, y la barbilla, blanda, sin ángulos.

El tercero era un hombre de raza blanca, de cabellos levemente ondulados, lustrosos, rostro moreno, nariz normal, boca grande, de labios sensuales, dientes blancos como perlas y mentón enérgico.

Asqueado, Tom giró el cuello y vio el magnetófono sobre una mesa metálica.

Entonces, Tom comprendió que había hablado, que había confesado, que le habían exprimido como a un limón.

Labwana, la bella muchacha indígena, era la principal culpable.

Ella le miraba ahora con una burlona semisonrisa, que animaba atractivamente sus exóticas facciones.

—Veo que has despertado, amor mío —pronunció con deliberada lentitud—. Pero, créeme, más te hubiera valido no regresar jamás.

Rojo de ira, Tom intentó escupirle en pleno rostro. Por desgracia, falló y el escupitajo cayó sobre su propio pecho desnudo.

—¡Zorra...! —Gruñó, desesperado.

Labwana se apartó, indiferente.

Y los ojos de

O’Ryan

volvieron, obsesionados, hacia el magnetófono.

—En ese aparato debe encontrarse todo el contenido de mi cerebro —pensó, sonriendo amargamente.

Y en un segundo, comprendió todo el alcance de su culpa.

—Soy un renegado, un cerdo, un traidor —se dijo.

Un estertor hondo, más propio de fiera que de hombre, brotó de su garganta.

Labwana había afirmado que Tom

O’Ryan

era un hombre muy fuerte, de una tremenda potencia muscular.

Y no se equivocaba.

Porque bruscamente sus músculos se contrajeron e hincharon exageradamente, y las correas que sujetaban sus tobillos se rajaron como si tuvieran la consistencia del cartón.

Su tronco se alzó diez centímetros sobre la mesa, con una violencia tremenda.

Pero la ancha banda de cuero que sujetaba su cintura y las argollas de las muñecas resistieron su poderoso embite.

Los tres hombres y la mujer retrocedieron unos pasos, con un temor supersticioso reflejado en sus rostros.

—¡Chang, Harrison! —gritó el hombre de la cabeza cuadrada—. ¡Hagan ustedes algo!

Pero Tom se retorció violentamente, y la mesa sobre la que estaba apresado volcó.

Sus piernas se tensaron, al caer al suelo. Era un esfuerzo colosal, increíble, pero... lentamente consiguió alzarse ¡con la pesada mesa metálica unida a su espalda!

Labwana dejó escapar un alarido de espanto.

Y los tres hombres retrocedieron hacia la puerta del fondo,

dominados por el pánico.

Sin embargo,

O’Ryan

no les prestó atención.

Su único objetivo era... ¡el magnetófono!

Debía destruirlo por encima de todo, inutilizar la *cassette*, recuperar los secretos que aquellos individuos habían arrancado de su cerebro, mediante el efecto de las drogas.

Ya se aproximaban sus dedos al aparato que descansaba sobre la mesita adosada al muro, ya brillaban sus ojos como los de un alucinado, consciente de la proximidad de su triunfo, cuando un violento tirón le obligó a tambalearse.

Se oyó un silbido. Una serpiente de acero se enroscó en su pecho y le arrancó una tira de piel.

Loco de dolor, retrocedió hasta que las patas de la mesa golpearon contra el muro.

En la espaciosa habitación habían irrumpido otras tres personas: tres corpulentos hawaianos, de anchas espaldas y musculosos brazos desnudos.

Los tres llevaban látigos en las manos. Y sabían utilizarlos con satánica habilidad.

Los tres se aproximaron, sonrientes, seguros de sí mismos.

Sonreían, imaginando cómo quedaría la piel del americano cuando sus látigos hubieran terminado con la atroz carnicería.

Las trenzas de cuero se agitaron en el aire, y el primer trallazo alcanzó a

O’Ryan

en el cuello, cortándole la respiración y obligándole a soltar un aullido hondo, infrahumano.

Pero el castigo no había hecho más que comenzar.

Un nuevo trallazo alcanzó a Tom en los ojos, y dejó sus párpados en carne viva.

Ciego y desesperado, Tom saltó hacia adelante con ciento cincuenta kilos de metal a su espalda.

Los hawaianos apenas tuvieron tiempo para reaccionar, tan viva fue su sorpresa.

El extremo de la mesa se inclinó y uno de aquellos hombres retrocedió con el cráneo abierto.

O’Ryan

abrió los ojos, pero la sangre penetró en ellos, y le cegó momentáneamente. Parpadeó, apoyó con fuerza su espalda en la mesa, y saltó hacia adelante, con un tremendo esfuerzo.

Por desgracia, perdió el equilibrio y cayó de bruces, con el peso de la mesa metálica a su espalda.

Sus brazos apenas pudieron aminorar el golpe de su rostro contra el pavimento.

Quedó inmóvil. De allí no volvería a alzarse por su propio impulso.

## CAPÍTULO III

Todo se había manchado de sangre: la mesa, el pavimento, las paredes...

Los látigos habían cumplido su labor con la mayor eficiencia, pues en la piel de Tom

O’Ryan

no quedaba un centímetro cuadrado indemne.

Lo habían abandonado durante cuatro horas, inconsciente y todavía sujeto a la mesa, que habían colocado sobre sus cuatro patas.

La sangre se había secado, los latigazos profundos no sangraban ya, pero Tom seguía inconsciente, ajeno a todo sufrimiento físico.

Al anochecer, tres personas penetraron en aquella habitación.

El doctor Burke, Chang, el chino, y Dan Harrison, el apuesto yanqui, vestido con un elegante traje veraniego.

—Hazle volver en sí, Chang —ordenó Burke.

El chino abandonó la habitación y volvió poco después. Llevaba un cubo de agua, que vertió de una vez sobre el rostro y el pecho de O’Ryan.

Un minuto después, Tom comenzó a removerse.

Entonces, Burke se aproximó y le tomó el pulso.

—Esto se acaba, querido

O’Ryan

—gruñó, feroz—. Su pulso es bajísimo. Creo que va a morir.

Tom abrió los ojos, pese al vivo escozor de sus párpados heridos.

Sí, lo sabía.

No era preciso que Burke se lo anunciase, porque desde el momento en que tuvo la seguridad de que había hablado, su vida dejaría de interesar a aquellas personas que le rodeaban.

—Bien, ¿qué esperan? —murmuró, a través de sus labios rotos, en un último gesto de dignidad—. Sé que van a matarme. Terminen cuanto antes.

Una puerta chirrió levemente.

Tom irguió la cabeza y vio a Labwana.

Un fino «sarong» de seda ceñía su cuerpo de diosa. La tela, transparente, permitía contemplar sus redondos senos dorados.

—¡Zorra! —pensó

O’Ryan

—. La muy puerca se ha vestido de gala para asistir a mi funeral.

Cerró los ojos. Lágrimas ardientes provocaron un más intenso escozor en sus párpados lacerados.

—¡¡Vamos, terminen de una vez!! —rugió roncamente.

—No hay prisa, querido amigo —respondió Burke, sádico—. Por otra parte, le reservo un final apoteósico. Compréndalo, usted ha puesto en peligro nuestros intereses,

O’Ryan.

Merece, por tanto, un trato muy especial.

—¿Qué es lo que ha pensado, cerdo nazi? —gimió el americano.

Burke palideció.

Era evidente que el insulto le había ofendido. A pesar de lo cual, consiguió contenerse.

—No tenga prisa, *amigo* —susurró—. Cada cosa a su tiempo. Por ahora, sólo le diré que esta misma noche vamos a realizar un largo viaje.

\* \* \*

Había conseguido adormecerse.

Pero bruscamente despertó.

Se había hecho de día. El sol —otra inmensa bola roja— parecía emerger del fondo del océano.

Un momento después, comprendió qué era lo que le había despertado: el helicóptero se cernía a buena velocidad hacia abajo.

¿Hacia dónde, exactamente?

O’Ryan sólo veía océano y océano, mar infinito, mirase hacia donde mirase.

Por un momento, Tom había temido que Burke y sus secuaces

hubieran decidido sepultarle en el océano, desde las alturas.

Hubiera sido sencillo para ellos: bastaba con que corlaran la soga de la que pendía en el aire y...

Pero no: suspendiéndole del tren de aterrizaje, Burke no había pretendido otra cosa que aterrorizarle, martirizarle.

Porque el helicóptero seguía descendiendo.

A pesar de sus músculos envarados, de su piel convertida en pura llaga, Tom se esforzó en girar el cuello para mirar hacia abajo.

Necesitaba ver, quería divisar el punto de destino.

Y lo consiguió.

El helicóptero descendía sobre un atolón. En realidad, se trataba de un anillo verde de suelo volcánico, en cuyo interior había un lago de agua salada con una única salida al mar abierto, una especie de bocana, de unos diez metros de anchura.

A medida que descendía el aparato,

O’Ryan

divisó con mayor claridad las copas de los cocoteros, las escarpadas rocas volcánicas de la bocana e incluso un claro despejado en medio de los árboles.

El helicóptero descendió, con lentitud exasperante, los últimos metros.

Chang, asomado al exterior, daba instrucciones al piloto. ¿Para qué...? Era evidente: para evitar que el tren de aterrizaje del aparato aplastase a

O’Ryan.

Tom dibujó una mueca sarcástica en sus ensangrentados labios.

—¡Cuánta delicadeza! —murmuró con amargura.

Con precisión milimétrica, el aparato se posó en el suelo, y el cuerpo de

O’Ryan

descansó, sin sufrir el menor roce, entre los dos deslizadores del helicóptero.

En aquella posición, vio cómo Chang saltaba al suelo. Inmediatamente le siguieron el doctor Burke y Dan Harrison.

Un extraño aparato fue bajado entre Chang y el piloto, un joven hawaiano corpulento.

Un momento después, el chino se escurría bajo el aparato y cortaba con su cuchillo la soga que sujetaba a

O’Ryan.

Luego arrastró el cuerpo del prisionero de la forma más brutal hasta sacarle de debajo del helicóptero.

Burke, Harrison y el piloto habían desaparecido.

Volvieron cinco minutos después, y se detuvieron junto a Tom O’Ryan.

Burke miró fijamente al prisionero.

Sus ojos recorrieron fríamente aquel rostro hinchado monstruosamente, los dedos sin uñas, los pantalones ensangrentados y pegados a la piel...

—Ha llegado el momento,

O’Ryan

—dijo—. Y créame, es usted un hombre muy afortunado. Le hemos escogido una tumba como ningún otro ser humano podrá poseer jamás: una sepultura a cinco mil metros de profundidad. ¿Qué le parece? ¿Ha enmudecido? Me gustaría conocer su opinión.

Tom había cerrado los ojos, después de disimular un escalofrío.

¡Una tumba a cinco mil metros de profundidad...!

Apretó los labios para aguantar un sollozo.

No, no daría a aquellos asesinos la satisfacción de oírle implorar, de verle temblar.

Sabía que iba a morir, no debía demostrar la menor emoción. ¿Qué importaba que su cuerpo descansase para siempre en uno u otro lugar?

—Traedle hasta la orilla —indicó Burke.

—Ayúdame a arrastrarlo, Okono —exigió Chang al joven piloto.

Pero Okono se apartó con repugnancia.

—No lo haré —se negó, decidido—. Ese pobre hombre ha sufrido ya demasiado. Lo cargaré a mi espalda, si es preciso.

Chang dejó escapar una risotada.

—Está bien, buen samaritano. Llévalo como te plazca —respondió.

Súbitamente, Tom

O’Ryan

pensó en Michael, en aquel hermano al que no veía desde años atrás.

Okono acababa de cargarle a la espalda. El cuerpo de O’Ryan

suponía un peso excesivo para él, pero el hawaiano, aunque lentamente, se dirigió, jadeante, hacia el bosquecillo de cocoteros vecino.

—Michael —murmuró Tom—. ¡Si mi hermano fuera otra persona...! Si tuviera un mínimo de decencia...

Sin embargo, podía alentar una vaga esperanza. Michael era su hermano. ¿Cómo reaccionaría cuando supiera...?

Se decidió finalmente.

Aproximó sus labios al oído de Okono y susurró:

—Tú pareces un buen muchacho. Los has demostrado oponiéndote a que ese salvaje me arrastrase...

—¡Cállate! —contestó el joven, en el mismo tono—. No me busque complicaciones.

—Tengo que seguir hablándote, Okono. Sé que voy a morir, y necesito tu ayuda para hacer llegar mi mensaje a un familiar. Escucha: hay tres mil dólares escondidos en mi «*bungalow*» de Yaramaru. Son tuyos, a cambio de que hagas llegar una carta a mi hermano. Sólo eso, Okono. Es el ruego de un hombre que va a morir muy pronto.

—Pero... si el doctor Burke llegase a saber...

—¿Quién podría decírselo? Sólo tú y yo estaríamos en el secreto. Y yo... voy a morir, lo sabes —insistió

O’Ryan

desesperadamente.

Okono se detuvo un momento para recuperar el aliento.

—Está bien —susurró luego—. ¿Dónde escondió los tres mil dólares?

## CAPÍTULO IV

La nota era un simple fragmento del forro de un paquete de cigarrillos. El papel estaba manchado de nicotina, pero las escasas palabras escritas en él eran fácilmente legibles.

«ENTRA EN EL RETRETE CUANDO SALGAS DEL TALLER.  
TENGO ALGO INTERESANTE PARA TI.».

La firma eran dos iniciales: H. B.  
Michael

O’Ryan

hizo una bolita con el pedazo de papel, se lo llevó a la boca, lo humedeció con la saliva y se lo tragó sin el menor escrúpulo.

Lo hacía por su propia seguridad: si el oficial Shrive le cacheaba, aquella nota podía costarle otros sesenta días en «c. b.». Es decir, en las celdas bajas del sótano, donde no llegaba la luz ni apenas el aire respirable, la humedad era mil veces peligrosa y sólo se «disfrutaba» de una comida diaria.

Michael conocía las «c. b.».

Su arresto de sesenta días había terminado apenas una semana antes.

¿El motivo del arresto?

Bueno, Michael había estado a punto de estrangular a Len Cooper, un ordenanza.

Cooper se había ido de la lengua. Había sorprendido a O’Ryan

y a otros dos presos en la laboriosa tarea de abrir un túnel bajo una pila de rollos de tela plástica, en el taller de fabricación de bolsos.

En las celdas bajas, Michael había perdido veinte kilos de peso y contraído una bronquitis que había estado a punto de costarle la vida.

Sólo su fuerza de voluntad y su ansia de desquite, le habían permitido escapar de las «c. b.» con resuello.

Se había curado la bronquitis a fuerza de ejercicios gimnásticos respiratorios. Y en los últimos quince días, Hole, un buen amigo, había conseguido hacer llegar hasta su celda un par de tabletas de chocolate diarias.

Pero no, no quería volver a las celdas bajas. Si le arrestaban de nuevo, esta vez serían seis meses. O lo que es lo mismo: ciento ochenta días sin luz en aquella ratonera mortal.

Lo aconsejable era olvidar la nota de H. B.

H. B. Harry Beering, un ordenanza de dirección, un chivato en potencia.

No haría ni caso. Se comportaría como si aquella nota no hubiera llegado hasta él.

A Michael le restaban más de tres años de condena. En primera instancia, le había sido denegada la libertad condicional, en virtud de su carácter levantisco, rebelde e irrespetuoso.

Así que...

Pero aquellas palabras escritas aprisa sobre un trozo de sucio papel, se le habían quedado grabadas en la mente.

—«*Entra en el retrete cuando salgas del taller. Tengo algo interesante para ti*».

¿Era una finta, una prueba del director?

Tenía que andarse con cuidado, si no quería ir a dar con sus huesos en las celdas bajas.

¿Cómo fiarse de Beering, uno de aquellos presos que gozaban de la confianza de los funcionarios?

Durante una hora, Michael paseó como fiera enjaulada de un extremo a otro de aquella celda de cuatro metros de longitud por uno y medio de anchura.

A las seis llegó el rancho de la noche.

Un plato de alubias con tocino, un panecillo.

El oficial Shrive le estuvo vigilando con expresión fría y dura, durante el minuto que la reja permaneció abierta.

Michael se puso a comer con buen apetito, la cuchara en la

derecha, el plato en la izquierda y el panecillo bajo la axila del mismo lado.

Se llevaba la cuchara a la boca, la dejaba en el plato y arrancaba un pellizco de pan con la mano derecha.

Debía alimentarse bien. Nada de remilgos con el rancho, aunque a veces solo fuera un puñado de repugnantes legumbres, llenas de bichos.

Comer, beber, respirar, hacer gimnasia en los ratos libres. Nada de fumar ni de intentar hacerse con un «kilo» de ginebra. Vida sana y elemental, eso era lo que necesitaba para reponerse de los terribles sesenta días de celdas bajas.

Ahora tendría que prescindir de los dos dólares diarios que percibía por diez horas de trabajo en el taller de bolsos.

Para evitar una reincidencia en sus planes de fuga, el jefe de oficiales Garret le había trasladado al lavadero.

Una porquería: horas y horas en aquel ambiente apestoso, respirando vapor ardiente y sin ninguna compensación económica.

La vida...

De repente, Michael arrojó lo que estaba masticando y maldijo entre dientes.

—¿Qué rayos...?

Intrigado, dejó plato y cuchara en el suelo y se inclinó.

Tomó el pedazo de papel arrugado y húmedo, lo ocultó en la palma de la mano y caminó hasta el rastrillo de hierro.

Shrive permanecía lejos, al otro extremo de la galería.

Con cuidado para no romperlo, desplegó el papel y lo leyó.

La letra era la misma del primer mensaje.

«NO DEJES DE PONERTE EN CONTACTO CONMIGO DE LA  
FORMA INDICADA.

TE INTERESA MUCHO.

ES RELACIONADO CON TU HERMANO, THOMAS  
O'RYAN».

La firma era la misma: H. B.

—Vaya —murmuró Michael—. El pájaro quiere asegurarse de que caeré en la trampa.

Pero ahora había un ingrediente nuevo en el cebo: el nombre de su hermano.

—¿Cómo diablos habrá conseguido saber que tengo un hermano? —se preguntó, cada vez más intrigado.

*«Relacionado con tu hermano, Thomas*

*O’Ryan*

».

Michael se tragó la segunda nota, y siguió comiendo, ensimismado.

¡Tom!

Si Michael era el Caín de la familia, a Tom le correspondía el papel de Abel, esto estaba fuera de toda duda.

Tom, abnegado, estudioso, noble.

Michael, egoísta, haragán, rebelde, violento...

Tom había ido a la Universidad, se había graduado en Derecho y más tarde había ingresado en la CIA.

Poseía prestigio y ganaba suficiente dinero.

Michael... apenas había terminado sus estudios secundarios, y poco después se había visto obligado a vestir el uniforme de los «marines» para eludir la prisión.

Era evidente que sus carreras habían seguido direcciones muy dispares. Tom era un hombre prestigioso, con una sólida y arriesgada profesión. Michael, por el contrario, había escogido el camino más tortuoso y peligroso.

Robos nocturnos a camiones de ruta, contrabando, extorsión, apuestas fraudulentas, chantaje... Excepto el asesinato, Michael había pasado por todas las «especialidades» que abarca el delito.

Un día surgió lo inevitable: el conductor de un camión «tráiler» no quiso detenerse.

Temerariamente, Michael adelantó al enorme camión y obstruyó su camino con el automóvil que conducía.

Un frenazo, el remolque se había torcido y el conductor del camión se vio impotente para evitar salirse de la carretera.

El camión volcó, se incendió, el hombre murió abrasado, sin poder salir de su cabina...

La policía le pilló de improviso y... quince años de condena.

Hasta entonces, Michael había establecido esporádicos contactos con su hermano, que parecía muy interesado en la idea de hacerle

volver al buen camino, a un empleo aburrido y mal remunerado.

Luego, una vez en la cárcel, Michael decidió que lo mínimo que podía hacer en honor a Tom era mantenerle al margen de sus líos.

Estaba claro que Tom no volvió a saber de él porque, en caso contrario, se hubiera apresurado a visitarle, a ayudarle, por encima de cualquier otra consideración.

Bueno, las cosas estaban bien así: cada uno en su lugar: Tom O’Ryan

del lado de la ley y de los buenos y honrados ciudadanos, y Michael pudriéndose en la cárcel. Era lo justo.

Llegó la hora de acostarse.

Michael recogió su plato y su cuchara, se desnudó y se metió bajo las mantas.

Pero no pudo dormir inmediatamente. Lo usual era meterse en la cama y quedar profundamente dormido. Pero esta noche, no: se había desvelado, pensando en Tom.

Michael se había burlado siempre de su hermano menor.

—Algún día te matarán —solía decirle—. Pondrán sobre tu cadáver una medalla, y ahí quedará todo.

—¿Y tú, Mike? La vida que llevas sólo tiene dos salidas: o la cárcel o... Bien, ya lo sabes.

Normalmente, la respuesta de Michael era una cínica carcajada.

—¿Qué importancia tiene que un día me peguen cuatro balazos? Yo quiero vivir, gozar de los mismos placeres que otras personas privilegiadas de este país. ¿Por qué unos derrochan los dólares a millares, y nosotros hemos de escatimar los centavos? Créeme, Tom: es posible que algún día me maten o vaya a la cárcel, pero no cabe duda de que habré vivido a mi gusto...

—¿Quieres dinero? ¡Yo te lo daré! Me pagan bien, he ahorrado unos miles. Si los necesitas...

—No, no quiero tu dinero, Tom. Tú tal vez lo hayas ahorrado con sacrificio; yo —Michael exhibía fachendosamente un tajo de billetes grandes— lo gano abundantemente, con gran facilidad.

Desde luego, la conversación entre los dos hermanos solía terminar de forma brusca. Tom se enfadaba con Michael, pero quería a su hermano e invariablemente volvían a verse, sin la menor sombra de disgusto.

Michael se rebulló en la cama.

No, no quería que Tom se enterase de que su hermano estaba en la cárcel. Para él sería motivo de pesadumbre, incluso de humillación.

No, no, de ninguna manera.

No importaba que pasase hambre ni otras necesidades en la cárcel. Michael se lo había buscado: era suficientemente hombre para aguantarse con su sino.

Ya volverían a encontrarse cuando transcurriese los tres años de prisión que le quedaban por cumplir.

Tres años y algunos meses, casi mil quinientos días... ¿No sería demasiado esperar?

Pensó en Harry Beering.

¿Valdría la pena acudir a su cita?

—¿Por qué no? No voy a perder nada. Si se trata de una trampa, peor para Beering —se dijo.

Había conseguido afilar un fleje. La hoja puntiaguda, resistente y bien afilada, bastaría para degollar a un hombre.

Sí, entraría en el retrete a la hora de abandonar el lavadero.

Posiblemente, Beering estaría ya esperándole.

Y si se trataba de una celada...

Michael

O’Ryan

sabía muy bien lo que tendría que hacer.

## CAPÍTULO V

El oficial Sparking hizo sonar su silbato a las doce en punto.

Los ochenta hombres que trabajaban en el lavadero abandonaron su labor, y comenzaron a desfilas hacia el patio, donde deberían formar para volver a sus celdas para el almuerzo.

Michael

O’Ryan

se enjugó el sudor de su frente con la manga de su cazadora gris e uniforme y miró a Sparking.

Aquel grueso oficial con fama de homosexual estaba dirigiendo su atención a Jim Brown, un jovencito delgado, de facciones barbilampiñas.

Inmediatamente, Michael se escurrió hacia el retrete.

Beering estaba allí, tal como había imaginado.

Se encontraba en los urinarios y fingía orinar, pero se volvió inmediatamente, al escuchar los pasos de

O’Ryan.

Michael se situó junto a él, y habló sin mirarle.

—Si lo que pretendes es engañarme, si te has prestado para tenderme una trampa, no saldrás de aquí por tu pie, Beering. Mira esto —advirtió, mostrando rápidamente la acerada hoja de su rudimentario cuchillo.

Beering no se inmutó.

—No seas estúpido,

O’Ryan.

Sólo pretendo hacerte un favor —protestó, ofendido.

—¿Un favor? ¿Un tipo como tú, que estás del lado de los «boqueras»?<sup>[1]</sup>.

—Escucha —Beering comenzaba a impacientarse—, pedí un

puesto de ordenanza para beneficiarme yo y beneficiar a mis amigos. Estando allí, puedo enterarme de muchas cosas interesantes, ¿comprendes?

O’Ryan no acababa de liarse. Los chivatos siempre empleaban buenas palabras, razones aparentemente convincentes, pero luego...

Alguien penetró en aquel momento en el retrete.

Era Hole.

Rápidamente se aproximó a ellos, y susurró en voz baja, apenas audible para Michael:

—Puedes liarte de él,

O’Ryan.

Beering está de nuestra parte.

Inmediatamente se alejó.

Michael devolvió ostensiblemente el cuchillo a su manga derecha.

Ahora estaba convencido.

Hole no había ido a parar a las «c. b.», gracias al silencio de O’Ryan, que había callado la verdad: Hole estaba también implicado en la fuga a través del túnel del taller de bolsos.

Si Hole confiaba en Beering, era porque éste era de fiar.

—Está bien, ahora sé que eres de los nuestros. ¿De qué se trata? —susurró.

—No sé si estás al corriente de que ayudo en las oficinas. Estoy a cargo del oficial Shanon, encargado de las cartas de los presos. El otro día averigüé algo: Shanon ha detenido una carta dirigida a ti. Ya sabes, los de «c. b.» no tienen derecho a correo, a nada.

—¿Y...? —inquirió Michael, pendiente de las palabras de Beering.

—Aproveché un descuido de Shanon y leí la carta. No había firma, pero hablaba de tu hermano, de un tal Thomas O’Ryan.

—¿Que decía? —Michael se sentía ya sobre ascuas.

En aquel instante, detrás de los dos presos se oyeron unos pasos arrastrados.

Beering enmudeció, y simuló dedicar toda su atención a la pequeña taza del urinario.

—¡Eh, vosotros! —rugió el oficial Sparking—. Dejad vuestras

mariconadas y salid de ahí. ¡Largo!

Michael se mordió los labios.

Pero Beering había salido ya, y Sparking aguardaba impaciente.

El oficial le dirigió una sonrisita insultante cuando pasó a su lado, camino del patio.

—¡Cerdo! —murmuró entre dientes

O’Ryan

—. Te rompería esa risita de un navaja/o.

Como un autómatas, se colocó en la formación, y comenzó a andar cuando Sparking hizo sonar su silbato.

Ya en su celda, masticó el rancho sin interés, porque toda su atención estaba prendida en la confidencia apenas comenzaba a oír de labios de Harry Beering.

¿Qué pasaría ahora? ¿Volvería a ponerse Beering en contacto con él?

La respuesta la tuvo aquella misma noche.

A la hora del rancho, Beering apareció empujando el carrito de los panecillos, junto al preso que repartía el rancho.

Aunque Michael ocupaba la última celda de la galería, los del rancho solían comenzar por él precisamente.

Antes de que se abriese el rastrillo, llegó el oficial Richards.

Richards miró insistentemente a Beering y gruñó:

—¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué no ha venido Badley?

—Badley está enfermo —respondió Beering—. El oficial de cocina me ha enviado a mí en su lugar.

—Está bien, repartid el pienso —decidió el oficial.

Michael advirtió enseguida la expresión de complicidad en las facciones de Beering: la enfermedad de Badley debía ser un cuento. Seguramente Beering y Badley se habían puesto de acuerdo para que el primero pudiera llegar hasta su celda.

Imaginándolo así, Michael se las arregló para interponerse entre el oficial Richards y Beering en el momento en que el otro preso le servía su ración de rancho.

Su intuición no le había engañado. Rápidamente Beering deslizó algo en el bolsillo de su pantalón, al tiempo que distraía la atención del vigilante, ofreciéndole un panecillo con la mano derecha.

Luego el rastrillo se cerró, y Michael se retiró al fondo de su celda.

Experimentaba una terrible ansiedad por averiguar qué había puesto Beering en su bolsillo, pero se limitó a sacar la hoja de papel doblada apretadamente en forma de pequeño cilindro, y la guardó en el calcetín.

Comió aprisa, sin gozar de la comida que aquella noche era desusadamente sabrosa y abundante.

Luego limpió el plato y la cuchara con un poco de pan, y aguardó hasta que el oficial Richards se retiró a su cabina de vigilancia.

Sólo entonces desplegó el delgado cilindro de papel y comenzó a leerlo.

En el margen izquierdo, Beering había escrito apresuradamente:

«HE CONSEGUIDO COPIAR LA CARTA DE LA QUE TE HABLE. LEELA Y TRAGATELA. SI TE LA ENCUENTRAN, ME ENVIARAN A “c. b.” POR UN AÑO. H. B.».

Siguió leyendo. Y palideció terriblemente.

Cuando terminó de leer, un sollozo profundo y convulsivo brotó de su garganta.

A pesar de lo cual, rompió el papel en pedazos, hizo tres bolitas y se las tragó.

\* \* \*

No pudo ver a Beering hasta dos semanas más tarde. H. B. había ido al lavadero a llevar una orden del director para Sparking. Antes de que abandonara la sección, Michael se las arregló para hacerle una seña. Simulando que se detenía a encender un cigarrillo se aproximó de espaldas a

O’Ryan

y murmuró sin mover los labios:

—Apúntate mañana a reconocimiento médico. Hablaremos en la enfermería. Uno de los enfermos es amigo mío.

Y siguió su camino, sin detenerse.

Se vieron al día siguiente en la enfermería, mientras aguardaban, en fila, la entrada al despacho del médico.

—¿Qué quieres? —dijo Beering.

—En primer lugar, darte las gracias por tu ayuda. Y también disculparme contigo. Me porté mal, desconfié de ti. Lo siento.

—Vale. Sé que los ordenanzas tenemos mala fama. Pero tú querías algo más de mí...

—Sí. Necesito tu ayuda de nuevo. En cuanto tenga ocasión, te compensaré —dijo

O’Ryan.

—No necesito compensación. Hole es amigo mío, y tú te comportaste con él como un hombre. Haré lo que sea. ¿De qué se trata?

Michael sacó un papel diminuto de la vuelta de su calcetín.

—Es muy importante para mí enviar esta nota a la persona cuya dirección figura detrás. ¿Crees que podrás?

Beering tomó rápidamente el papel y se lo guardó.

—Lo intentaré. Lo sabrás mañana, a la hora del segundo rancho: si a tu panecillo le falta un pico es que la carta ha salido sin novedad.

—Gracias, Beering. Empiezo a comprender que eres un hombre de una pieza. No lo olvidaré —susurró

O’Ryan.

Beering sonrió apenas y se marchó.

Aquella noche Michael esperó la llegada del rancho, con especial ansiedad.

Al fin, resonó el chirrido del rastrillo de la galería, y llegaron los presos acompañados del oficial de vigilancia.

El hombre que repartía el pan escogió deliberadamente un panecillo al que le faltaba un pico, y se lo entregó.

Inmediatamente, Michael

O’Ryan

se relajó: ahora estaba seguro de que su mensaje había abandonado la prisión sin novedad.

## CAPÍTULO VI

—¡Escoria! —rugió el director de la prisión—. Créame, señor Greeman, ese hombre, Michael O’Ryan, no es sino pura escoria humana.

Greeman contuvo su impaciencia educadamente.

—Tal vez esté en lo cierto, señor Weld, pero ya sabe lo que necesito: entrevistarme con

O’Ryan

—explicó.

—Está bien, está bien —gruñó Weld, disgustado—. ¿Quiere que haga venir aquí a O’Ryan?

—Deseo entrevistarme con él en cualquier lugar donde podamos estar a solas —recalcó el visitante.

Weld carraspeó, ofendido.

Pero no podía oponerse a las exigencias de Walter Greeman: sobre su mesa estaba el escrito firmado por el mismo Presidente.

Ordenó, a través del dictáfono, que Michael O’Ryan

fuera trasladado al locutorio de abogados e indicó a su secretario que guiase a Greeman hasta allí.

Weld se sentía profundamente intrigado.

¿Quién era Greeman? ¿Qué importancia podría tener para él un tipo como O’Ryan?

Se encogió de hombros. Con tal de que no recayese sobre sus hombros la menor responsabilidad.

Pocos minutos después, Walter Greeman se entrevistaba con

Michael

O’Ryan.

Separados por un grueso cristal irrompible, los dos hombres se estudiaron con curiosidad.

—Bien,

O’Ryan.

Como puede comprobar, me he apresurado a visitarle. Y ahora, dígame: ¿cómo es posible que un preso esté al corriente de algo ocurrido a miles de kilómetros de distancia? —habló directamente Greeman.

O’Ryan se lo explicó en pocas palabras.

—¿Por qué está seguro de que su hermano ha muerto? Desde luego, es cierto que dejamos de recibir noticias suyas hace algo más de un mes, pero ello no significa necesariamente que haya sufrido algún accidente mortal —expuso el hombre de la CIA.

O’Ryan le miró con gravedad.

—Sé que ha muerto —dijo.

Y como advirtiera un gesto de incredulidad en las facciones de su interlocutor, agregó:

—Escuche, Greeman: desde chicos, Tom y yo teníamos una frase convenida para transmitir nuestros mensajes «secretos». Cuando dejábamos alguna nota en el interior de un libro, por ejemplo, empezábamos escribiendo «*Va a llover en Oregon*». Era un juego de niños, ya sabe, pero lo cierto es que la carta enviada desde las islas Hawai comenzaba con esa frase.

Greeman encendió un cigarrillo.

—Pero la carta no había sido escrita por él. Me refiero a la carta original, no a la copia hecha para usted por Beering —afirmó.

—¿Cómo lo sabe?

Greeman sacó una hoja de papel manuscrita de su bolsillo.

—Se la pedí al director de la prisión. Véala.

Michael analizó las primeras líneas. Era una letra torpe e imprecisa, muy diferente a la de su hermano.

—No es la letra de Tom. Quizá él no tuvo oportunidad de escribirla, y se lo encargó a otra persona. ¡Naturalmente! Y para que yo estuviera seguro de que el mensaje era suyo, lo encabezó con nuestra consigna: «*Va a llover en Oregon*», ¿no lo comprende? —exclamó

O’Ryan,  
muy excitado.

—Creo que tiene razón —asintió Greeman, pensativo.

Luego miró fijamente al preso y dijo:

—Si es así, ya no podemos tener dudas de que Tom

O’Ryan  
ha muerto.

—Yo tenía esa seguridad, desde que tuve en mi poder una copia de su carta —respondió Michael, con amargura.

Greeman pronunció unas frías palabras de consuelo, y finalmente se incorporó sobre su asiento.

—Bien... Sólo me queda agradecerle que se haya puesto en contacto con nosotros,

O’Ryan  
—se despidió.

Michael se puso en pie de un salto.

—¿Cómo? —gritó a través del micrófono—. ¿Es que van a dejar las cosas así? ¿Dejarán sin vengar al hombre que murió en cumplimiento de su misión?

Greeman le observó con curiosidad.

—Tranquílcese. Nos ocuparemos de ello —respondió.

Ya se dirigía hacia la puerta, cuando volvió sobre sus pasos y habló junto al micrófono.

Y dijo:

—Tal vez usted querría trabajar para la CIA, Michael...

O’Ryan  
le miró con ojos desorbitados.

—¿Yo? ¿Trabajar para la CIA? ¡Usted está loco, Greeman! —gritó—. ¿Es que no comprende que yo soy el polo opuesto de Tom? El era un policía, un agente al servicio del Gobierno, del Estado; yo soy un delincuente.

—Lo sé.

—¿Y aun así mantiene su ofrecimiento? Sigo creyendo que está loco. No, no tengo vocación de mártir, amigo Greeman. Entre mis principios no está el de defender la ley, el orden, la justicia y todo eso... Pero además...

—Es un preso que tendrá que cumplir algo más de tres años de prisión todavía —afirmó Greeman con frialdad.

—Exactamente. Veo que ahora lo ha entendido —terminó Michael.

Greeman aspiró profundamente el humo de su cigarrillo.

—Digamos que su condena no supondría un obstáculo serio —habló al cabo de una pausa.

—¿Qué ha dicho? —inquirió el preso, incrédulo.

—Ya me ha oído. La CIA podría conseguir que su condena quedase suspendida.

Michael se agitó, nervioso.

He aquí que, inesperadamente, se le ofrecía la posibilidad de recuperar la libertad, mucho antes de lo previsto.

Desde luego, le repugnaba convertirse en un hombre de la CIA, pero una vez en libertad, Michael podía optar por desaparecer, a la menor ocasión propicia.

—¡Sí! ¿Por qué no...? —expuso sus pensamientos en voz alta—. Estoy dispuesto.

Pero los fríos ojos grises de Greeman le taladraron.

—De acuerdo. Pero he de hacerle una advertencia, O’Ryan.

Si ha imaginado que podrá escapar de nosotros, una vez fuera de la prisión, se equivoca. Recuérdelo: nadie se burla de la CIA —advirtió, sin ambages.

## CAPÍTULO VII

El «*ferry*» se aproximó lentamente al muelle de Yaramaru.

Una docena de golfillos se lanzó al agua, en aquel momento. Desde la cubierta, Michael

O’Ryan

les vio nadar temerariamente hacia la nave.

A babor y estribor, los chicos gritaban para llamar la atención de los escasos pasajeros a bordo del «*ferry*»:

—«¡Aloha, aloha! ¡Spend a dime!»<sup>[2]</sup>.

Algunos pasajeros arrojaban monedas de diez centavos, que los jóvenes hawaianos pescaban al vuelo unas veces o recuperaban zambulléndose, mucho antes de que el dinero fuera a parar al fondo legamoso del pequeño puerto.

Michael no arrojó ninguna moneda.

En realidad, se sentía furioso... porque las predicciones de Walter Greeman habían resultado certeras: desde que abandonase la prisión, la CIA se había ocupado de mantenerle estrechamente vigilado.

Pero la libertad había llegado al fin, y eso era lo único que contaba para Michael.

Greeman le había entregado doscientos dólares y le había concedido una semana libre, con el único fin de que

O’Ryan

hiciera lo posible por integrarse en el ambiente de la vida en libertad.

Necesitaba aquellos días, era evidente. Tras cinco años de prisión, Michael no estaba preparado para reintegrarse bruscamente al mundo de los hombres libres.

Nada más abandonar la prisión, Michael tomó un autobús y se

trasladó a la ciudad.

Ya a bordo del vehículo, experimentó aquella extraña sensación: inquieto, nervioso, imaginaba que los restantes pasajeros le contemplaban con una mezcla de curiosidad y prevención. Se diría que aquella gente estaba al tanto de su condición de ex presidiario...

El, que durante largos años había pateado los patios de la prisión incansablemente, caminaba ahora de forma desmañada a lo largo de una acera, tropezándose con los transeúntes, las manos hundidas en los bolsillos, la expresión huidiza de animal acorralado.

—Calma —se recomendaba a sí mismo—. Eres libre. Ningún policía podrá devolverte a la prisión.

¡Cuánto habían cambiado las cosas, en sólo cinco años...!

Habían cambiado las modas del vestir, los automóviles, las carteleras de los cines, el aspecto de la ciudad, incluso el vocabulario de los jóvenes...

Y precisamente aquellos cambios ostensibles influían para conseguir que Michael

O’Ryan

se sintiese aún más desplazado y solitario.

Durante dos horas, no hizo otra cosa: caminar y caminar sin descanso.

Estaba desorientado. ¿Adónde ir?

La casa donde había vivido con sus camaradas en el delito había sido confiscada, derribada y construida de nuevo. Ahora, en su lugar, se erguía un imponente edificio de hormigón y cristal, de quince plantas.

No, no era tan fácil integrarse en aquella sociedad que le había apartado de su seno, cinco años atrás.

Michael se detenía a veces ante un escaparate. Desconfiaba. Posiblemente Walter Greeman le había hecho vigilar.

Sin embargo, en ninguna ocasión logró descubrir a su seguidor, si realmente existía.

Hacia el mediodía, sudoroso y cansado, se dirigió al bar de Jim Dorsey.

—¡Michael, viejo amigo! —gritó Dorsey, en cuanto

O’Ryan

apareció en la puerta. Y se aprestó a salir a su encuentro, secándose

apresuradamente las manos en el blanco delantal.

Michael se sintió confortado por el cálido recibimiento de Jim Dorsey. Al menos Jim seguía teniendo el aspecto de siempre: alto, enorme, corpulento y sencillo, exultaba cordialidad.

La clientela era escasa, en aquellos momentos. Dorsey dejó a su hijo encargado de atender la barra, y guió a Michael hacia una mesa apartada.

—¡Al fin, Mike! Estaba deseando volver a verte... Pero, dime, ¿qué tal te ha ido? No me lo digas: tienes mala cara. Es natural, la cárcel no es precisamente un hotel de lujo...

Dorsey hablaba y hablaba como un torrente inagotable de verbosidad.

Luego, de repente, fue a la barra y volvió con dos enormes jarras de cerveza.

Dorsey apuró la suya de un trago. Michael, por el contrario, bebió el refrescante líquido a pequeños sorbos.

—¿Qué tal andas de pasta? —preguntó Dorsey, de improviso.

—Bien. Dispongo de unos doscientos dólares...

El corpulento Dorsey le abandonó de nuevo, para volver minutos después.

Sacó un fajo de billetes, y contó concienzudamente hasta tres mil dólares.

—Cógelo, es tuyo.

—¿Mío? —inquirió

O’Ryan,  
confuso.

—¿Es que no lo recuerdas? Tú me dejaste dos mil para comenzar este negocio. Ha pasado mucho tiempo, así que he agregado mil más, en concepto de intereses —explicó Jim.

Michael no recordaba aquel préstamo. Probablemente, no era sino una argucia de Dorsey para ayudarle, sin que se sintiese humillado.

Buen chico Dorsey. Su humanidad, su desbordante cordialidad, venían a ser como un bálsamo para el solitario Michael O’Ryan.

Jim volvió a traer nuevas jarras de cerveza. Y Michael comenzó a sentirse mejor.

—¿Qué tal? Empiezas a tener mejor aspecto ahora, Mike.

Anímate. Volverán los buenos tiempos, ¿no es eso, viejo amigo? No es que el dinero me haga demasiada falta. En realidad, el negocio no marcha mal del todo, pero ¿quieres saberlo? Añoro nuestras largas correrías nocturnas, el sabor del riesgo, todo eso...

El semblante de  
O’Ryan  
se nubló.

¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Le disgustaba la idea de volver a las andadas?

—Tal vez la cárcel me haya ablandado. Por el contrario, Michael se sentía más maduro, más hecho y capacitado para emprender cualquier acción. Sólo que...

De repente, comenzaba a comprender que las cosas habían cambiado. La idea de volver al delito le repugnaba.

Pero ¿por qué? Para Michael no había otra salida: no estaba preparado para la vida, no tenía profesión. Para él sólo había una especialidad: delinquir.

—Tengo diez habitaciones de alquiler en el piso superior —decía Dorsey en aquel momento—. Ocuparás la mejor de ellas. Gratis, desde luego. Y comerás aquí. Tienes que reponerte, Mike. Hay que estar en buena forma para volver al «trabajo».

No quería desilusionar al bueno de Dorsey, tan elemental como un niño, a pesar de su formidable físico.

Al fin y al cabo, ¿quién podría asegurar que no volvería a la carretera a asaltar camiones? Tal vez su indecisión de ahora no fuera otra cosa que un estado de ánimo pasajero.

—¿Recibiste la carta? —preguntó inopinadamente Dorsey.

—¿La carta?

—La recibí hace unos dos meses. Aunque no había remite, imaginé que debía ser algún amigo quien te escribía, puesto que dirigió la carta a este bar —explicó Dorsey.

Así que era Dorsey quien había hecho llegar la carta a la prisión...

Michael se había devanado los sesos, buscando una explicación... a menos que Tom supiera que su hermano estaba en la cárcel. Pero no, las cosas habían ocurrido de forma diferente: Tom se había entrevistado con Michael en el bar de Dorsey, y había supuesto, con razón, que Jim le haría llegar la carta adonde viviese

en ese momento.

Dorsey le abrumaba con infinitas atenciones. Incluso llegó a servirle el almuerzo personalmente a la misma mesa en la que habían estado charlando durante más de una hora.

Michael comió copiosamente y se fue a la cama. Luego, al anochecer, había visto en el bar a varios de sus antiguos camaradas de fechorías.

Todos le habían saludado amistosamente, e incluso habían hecho veladas alusiones a la próxima «puesta a punto» de la banda.

Y, una vez más, Michael se había sentido disgustado, al recordar su vida anterior.

Aquella primera noche de libertad permaneció desvelado e inquieto, sobre el ancho lecho de su habitación.

Comenzaba a hacer proyectos. Borrosos, imprecisos planes, que Michael iba desechando, uno tras otro.

—Ante todo, necesito huir, apartarme del ambiente de esta ciudad. Huir lejos, perderme en algún punto de este inmenso país, Luego...

Disponía de tres mil doscientos dólares. Joe Marino, el dueño de un garaje en Hogany, tendría que entregarle por lo menos otros mil por la venta de su coche, un caro «Lincoln» que O’Ryan

le había confiado, poco después de ser detenido.

—Cuatro mil dólares. Con ese dinero, no me sería difícil adquirir un camión de los que subasta el Ejército. Y después...

Trabajar. Pero ¿sabría conformarse con unos ingresos limitados, aunque ganados con su esfuerzo?

Al mismo Michael le sorprendían aquellos planes. ¿No suponían un primer intento de borrar su pasado, de iniciar un camino diferente?

—Me he olvidado de Tom —se dijo súbitamente.

Sus facciones se contrajeron en la oscuridad.

—No, no puedo olvidar a mi hermano. El era bueno, intrínsecamente bueno y honrado. Tengo la obligación de vengarle.

Sólo que... le repugnaba iniciar cualquier acción, bajo el control de los poderosos hombres de la CIA.

Al fin pudo conciliar el sueño. Al despertar, muy avanzada la mañana, se sintió más animado.

Decidió comprobar si efectivamente Greeman le tenía sometido a vigilancia.

Después de desayunar, tomó un autobús con destino a Hogany.

Joe Marino disimuló su malhumor, al verle penetrar en su garaje.

—Supongo que Joe se había hecho a la idea de que jamás volvería a poner los pies en este lugar —se dijo sarcásticamente Michael.

Marino le entregó novecientos dólares. Era evidente que le estafaba, pues el «Lincoln», prácticamente nuevo, se podía haber vendido por una cantidad no inferior a los tres mil dólares, pero no era el momento adecuado de armar una gresca, por lo que

O’Ryan

tomó el dinero y se despidió enseguida.

Como el garaje tenía salida a una calle posterior, optó por escoger aquella vía de escape. Y en cuanto estuvo en la calle, caminó aprisa y tomó un taxi en la próxima esquina.

Miró hacia atrás. Un automóvil negro le seguía a unos cien metros de distancia, pero aquel coche se desvió en el siguiente cruce, por lo que

O’Ryan

comenzó a tranquilizarse.

Si las cosas salían bien, estaba dispuesto a huir, a burlar a Greeman. Ya habría tiempo, más adelante, de ponerse en contacto con Jim Dorsey, y explicarle las cosas.

Obligó al taxista a desviarse aquí y allá, a cruzar de un extremo a otro la ciudad, a hacer mil regates, paradas y arrancadas, hasta convencerse de que nadie le seguía.

Una hora después, el taxi le dejaba en la Southern Station.

Receloso aún, Michael esperó unos minutos antes de acercarse al expendedor automático de billetes, tras consultar el tablero luminoso con el horario de trenes.

Introdujo las monedas suficientes para obtener un billete y, sin perder tiempo, salió al andén.

El expreso que iba a tomar —uno cualquiera, al azar— partiría dos minutos más tarde.

O’Ryan, pues, buscó la vía correspondiente, y subió al tren. Consultó su reloj: treinta segundos para la partida.

—Los sabuesos de Greeman han debido perder el olfato —se dijo con ironía. Y buscó un departamento solitario.

Avanzaba por el pasillo cuando dos hombres corpulentos le cerraron el paso.

Uno de ellos le encañonó con una imponente «45».

—Gire, apoye las manos en la pared, separe las piernas y... todo irá mejor,

O’Ryan

—ordenó aquel hombre, con un tono de lo más convincente.

Obedeció, renegando.

Y comprendió que, definitivamente, los hombres de Greeman poseían un olfato excelente.

Unas hábiles manos le cachearon, sin perder tiempo.

—Puede volverse. Nos vamos —le dijeron.

Ni siquiera habían dicho «acompañenos» o «queda detenido», pero Michael comprendió fácilmente que no tendría más remedio que dejarse conducir por ellos.

En el aparcamiento de la estación estaba aquel coche negro, esperándoles. Encajonado entre sus dos custodios, emprendieron la marcha.

Una idea obsesionaba a

O’Ryan...

¿Cómo diablos se las habían arreglado para seguirle y controlarle, sin dejarse ver?

Media hora después se encontraba en presencia de Walter Greeman.

El hombre de la CIA no parecía disgustado, contra lo que había imaginado

O’Ryan.

Su expresión era fría e indiferente, impersonal.

—Se lo advertí, Michael. No debió intentar la huida. ¿Sabe que puedo obligarle a volver a prisión? Piénselo. Su condena no ha sido cumplida, sino suspendida temporalmente —advirtió, mirándole fijamente.

Michael se rebulló, inquieto, en su asiento.

¿Volver a prisión? ¡Oh, no, por nada del mundo! Antes de ello, cualquier cosa.

—¿Qué contesta? ¿No va a darme una explicación? —exigió

Greeman.

—Bueno, digamos que quise poner a prueba la eficacia de sus hombres —respondió

O’Ryan.

Y no mentía.

—Pues será mejor para usted no volver a intentarlo. Ahora puede volver al bar de Dorsey.

—¿Estoy libre? ¿Puedo marcharme ya? —preguntó Michael, incrédulo.

—Ya lo ha oído. Márchese. Es libre de ir a donde quiera... dentro de la ciudad —repitió Greeman.

O’Ryan

se puso en pie, murmuró un saludo y escapó.

Greeman se quedó mirando, pensativo, la puerta por la que

O’Ryan

acababa de salir.

Por aquella misma puerta penetró, dos minutos después, un caballero de unos cincuenta años, de sienes grises, que vestía, con sencilla elegancia, un traje veraniego.

—Se lo advertí, Greeman: no resultará. Al fin y al cabo,

O’Ryan

es sólo un delincuente. No nos servirá —dijo, severo.

Greeman se incorporó.

—La CIA jamás ha demostrado escrúpulos, a la hora de elegir a los hombres que pueden servirla. Estoy seguro, por otra parte, de que Michael

O’Ryan

servirá a nuestros propósitos: es un hombre duro, curtido, y no se rendirá hasta haber vengado a su hermano si, por desgracia y como suponemos, Tom

O’Ryan

ha muerto —expuso convencido.

—Eso piensa usted, pero Michael

O’Ryan

ha intentado escapar al segundo día de su libertad...

—Tal vez pretendía trabajar por su cuenta. Pero no conseguirá escapar a nuestro control. Dentro de seis días estará viajando hacia Yaramaru. Nosotros sabemos lo arriesgado de esa misión...

—Para la que no está preparado.

O’Ryan

no es Un policía —opuso el interlocutor de Greeman.

—Michael es un aventurero, un hombre con iniciativas. Es posible que consiga el éxito que no obtuvo su hermano. Y si muere, por muy duro que parezca decirlo así, sólo se habrá perdido un delincuente peligroso. Ésa es mi opinión, señor.

—Ojalá no se equivoque, Greeman.

## CAPÍTULO VIII

Michael llevó a cabo el descubrimiento de forma casual.

Era el atardecer del séptimo día, y se disponía a dar un paseo. Cerró con llave la puerta de su habitación, y descendió la escalera, saltando los peldaños de tres en tres.

De repente, perdió el equilibrio y bajó rodando los últimos escalones.

Contuvo una maldición, y consiguió incorporarse sin haber sufrido mayor daño. Pero el tacón de su zapato izquierdo se había desgajado.

Sorprendido, descubrió que el tacón estaba parcialmente hueco. Insertado en la cuadrada oquedad, aparecía embutido un aparatito del tamaño de una caja de fósforos.

Volvió apresuradamente a su habitación.

Ahora conocía ya el truco de qué se había servido Greeman para mantenerle eficazmente controlado: el aparatito del tacón no era otra cosa que una «chicharra», es decir, un microemisor de señales, mediante el cual era posible establecer constantemente la situación de la persona que lo portase.

Los zapatos, como el traje que vestía, los había hecho llegar a la prisión Walter Greeman.

—Muy inteligentes los chicos de la CIA —murmuró, irónico.

Aquel descubrimiento le animó a intentar la huida por segunda vez. Para librarse de la vigilancia de los sabuesos de Greeman sólo tenía que desembarazarse de aquellos zapatos.

Descolgó el teléfono interior, y se puso en comunicación con Jim Dorsey, en el bar.

—Jim, uno de mis zapatos se ha estropeado, y sólo tengo este par. ¿Podrías conseguirme unos del número cuarenta y dos, aunque

sean usados? —pidió.

Alguien le arrebató el teléfono de la mano, y lo colgó.

O’Ryan

se volvió de un respingo, y vio a Greeman y dos de sus hombres.

—¿Qué significa...? —comenzó a decir, irritado.

—No necesita otros zapatos, porque... acabamos de traerle un par flamante, del número cuarenta y dos. Ahí los tiene. Póngaselos y venga con nosotros.

—Pero...

—¿Lo había olvidado, Michael? Hoy termina su periodo de vacaciones, y empieza su trabajo —respondió Greeman, burlón.

Michael se mordió los labios. Estaba atrapado. Al diablo con la fuga.

No le permitieron despedirse siquiera de Jim Dorsey. Materialmente estrujado en el asiento trasero, entre los dos corpulentos sabuesos de Greeman, el coche se puso en marcha.

¿Hacia dónde?

—Vamos al aeropuerto. Tenga: su billete, su pasaporte y mil dólares en billetes de cien. Guárdese todo —dijo Greeman, como si hubiera leído sus pensamientos.

—¿Destino?

—Yaramaru.

—Pero aún no me ha dicho qué diablos debo hacer allí —rezongó Michael, colérico.

—Usted lo sabe,

O’Ryan:

entrar en contacto con las personas que asesinaron a su hermano, si en verdad está muerto. Y además...

Durante el trayecto hacia el aeropuerto, Walter Greeman habló y habló, sin permitirle intercalar un solo comentario.

Luego, el coche se detuvo, y bajaron.

Entregadas sus dos maletas en la sección de equipajes de la compañía aérea, Greeman y sus agentes escoltaron a

O’Ryan

constantemente hasta la hora en que subió al avión.

Seis horas después, el «jet» tomaba tierra en el aeropuerto de Honolulu.

Si Michael había imaginado, por un momento, que iba a tener

libertad de movimientos en Hawai, debió sentirse muy desilusionado porque, en cuanto puso pie en tierra, dos hombretones apartaron a la linda chiquilla que se disponía a colgarle al cuello una guirnalda de llores, y le empujaron rápidamente hacia un «jeep» próximo.

Ni siquiera preguntaron su nombre. Era obvio que Greeman se había dado buena prisa en hacer llegar una fotografía suya hasta Honolulu.

Tampoco él preguntó nada a los dos hombres que le escoltaban. ¿Para qué? Ellos sabrían lo que tenían que hacer exactamente.

Quince minutos después, se encontraban en el puerto. Una docena de personas estaba subiendo al estilizado «ferry», en cuya proa podían leerse las palabras «SEA DEMON».

Uno de los hombres que le escoltaban puso en sus manos el pasaje. Bajaron del «jeep» y le indicó:

—Tome las maletas y suba. El «Sea Demon» está próximo a zarpar.

Ni un saludo, ni un gesto, nada. Sólo la mirada vigilante y fría, hasta que Michael subió a bordo y el «ferry» soltó amarras y se separó del muelle.

—Os habéis molestado inútilmente, estúpidos —murmuró, dirigiendo una última mirada a los dos hombres que aguardaban en el muelle, inmóviles—. De todas formas, pensaba viajar hasta Yaramaru.

\* \* \*

A través de los cristales de la puerta de entrada, Sally Perkins vio al hombre que ascendía lentamente el camino que llevaba a las cabinas del Yaramaru Motel:

Era un hombre alto, delgado, de hombros anchos y largas piernas. La ligera brisa del atardecer movía sus cabellos rubios, lisos, y elevaba los faldones de su ligera chaqueta azul.

—Un hombre muy atractivo —pensó Sally.

Y se sintió emocionada al recordar una silueta muy parecida.

—Se parece a papá —murmuró—. ¿Y si fuera él, precisamente?

Movió la cabeza, y sonrió con tristeza. No, su padre, si vivía, debería tener ya más de cincuenta años, y el hombre que se dirigía

a la oficina del «motel» era mucho más joven.

¿Treinta, treinta y cinco años, quizá...?

El desconocido no demostraba mucha prisa en llegar. Se había detenido a la mitad del camino, había dejado sus maletas en tierra, y ahora enjugaba el sudor de su frente con un pañuelo, mientras dirigía su mirada hacia el mar.

Sally volvió a pensar en su padre. Pero aquel recuerdo no le producía tristeza ya.

William Perkins había llegado diecisiete años atrás a Yaramaru. Enseguida había conocido a Waali, la madre de Sally, una bella muchacha hawaiana, que apenas tendría entonces la edad de Sally, es decir, dieciséis años.

Se habían enamorado, habían sido muy felices. Y nació Sally.

Nadie sabía quién era Bill Perkins, pero pronto se hizo notar que disponía de dinero abundante. Se rumoreaba que Perkins había atracado un Banco en Estados Unidos, en el continente, y que había conseguido escapar, con un excelente botín.

En Yaramaru no había policía, por lo que nadie había molestado a Perkins. Una vez al mes, llegaba un oficial de policía en una lancha guardacostas. John Mohawoo informaba al policía de los escasos incidentes ocurridos durante treinta días en la isla, y eso era todo.

Por otra parte, John Mohawoo era toda una institución, en Yaramaru. John era el más viejo nativo, poseía el único almacén de víveres de la isla, y gozaba de gran prestigio y autoridad.

En cuanto a Bill Perkins, vivió diez felices años en Yaramaru, en compañía de Waali y de la pequeña Sally. Y luego, de repente, un día desapareció. Alguien le vio tomar el «ferry» en el puerto, pero esto no se supo hasta varias fechas después.

Waali languideció, a partir de entonces. Una tarde luminosa y serena se dirigió a la playa, sin decir nada a nadie, avanzó aguas adentro y se abandonó a la voracidad de los tiburones.

Cuando lo supo, Sally estuvo a punto de hacer otro tanto, tan desesperada se hallaba. Pero el anciano Mohawoo se apresuró a detenerla a tiempo.

¿Por qué se había marchado Perkins, abandonando a su mujer y su hija? Alguien dijo que a Bill se le había terminado el dinero. Perkins era un holgazán y no parecía muy dispuesto a recolectar

cocos, a bucear en busca de ostras perlíferas o a dedicarse a la pesca, los únicos tres modos de subsistir, en la isla, que estaban a su alcance...

El alto y rubio forastero acababa de tomar sus maletas, y reemprendía la marcha a lo largo del empinado camino ondulante.

Poco después, empujaba la puerta de la oficina, Sus maletas debían ser muy pesadas, pero aquel hombre no demostraba el menor cansancio.

Miró a Sally, y pareció asombrado de la belleza de la linda mestiza.

—Soy Michael Jones. Botánico, profesor de la Universidad de Berkeley, California. Pienso permanecer algún tiempo en Yaramaru, estudiando la flora de esta isla. Necesitaré una cabina cómoda y apartada, donde pueda realizar mi trabajo, sin ser molestado —dijo de un tirón.

—Bien venido, señor Jones. Creo que tengo lo que necesita: la cabina número veinte, la última de la hilera, es la más apartada. Está orientada hacia el mar, dispone de dos dormitorios y de una gran sala de estar. Si usted lo desea, podríamos convertir uno de los dormitorios en un pequeño estudio. Bastará con sacar la cama y colocar una mesa, una estantería y algunas sillas —respondió Sally.

—Perfectamente. Le pagaré dos semanas por adelantado.

—No es necesario, señor. En Yaramaru nos fiamos de la honradez de todos los forasteros. Pagaré cuando se marche.

Una leve sonrisa distendió los delgados labios de Michael.

—Una hermosa costumbre, la de fiarse de los demás, aunque un poco aventurada: alguno de sus clientes podría marcharse sin pagar —observó.

También Sally sonrió antes de responder, y  
O’Ryan

se sintió admirado de la luminosidad y belleza de sus grandes ojos azules, muy raros en los hawaianos.

—Olvida una cosa, señor Jones: es muy arriesgado escapar de Yaramaru... excepto en el «*ferry*», el único medio de comunicación con las otras islas.

—¿Es usted la dueña del «motel»? —preguntó Michel.

—Oh, no. Sólo soy una empleada. El dueño es Dan Harrison, un paisano suyo. ¿Quiere que le acompañe hasta su cabina?

—Se lo agradezco.

Sally tomó una llave, e invitó al forastero a salir. Cargado con sus maletas, Michael siguió a la linda muchacha, a lo largo del cuidado caminito que conducía a las cabinas.

Por el camino, Sally le explicó que podría prepararse su propia comida en la pequeña cocina de su cabina o bien bajar al almacén de John Mohawoo, que era una especie de complejo comercial, muy rudimentario, formado por taberna, restaurante, ferretería...

—Prefiero bajar al almacén de Mohawoo. Creo que como cocinero soy una auténtica nulidad —bromeó él.

Sally dejó escapar una alegre carcajada, lo que dio oportunidad a Michael de contemplar dos hileras de pequeños y blanquísimos dientes.

La cabina número veinte estaba situada sobre un promontorio rodeado de cocoteros, desde donde se dominaba la playa y el puerto, además de la pequeña población llamada Yaramaru City, que Michael acababa de cruzar para llegar al «motel».

Sally le mostró la cabina y se marchó.

Había tenido que hacer un gran esfuerzo para no comenzar a hacer preguntas sobre Tom O’Ryan.

Pero Greeman se lo había advertido tajantemente:

—Si se muestra curioso, puede ser asesinado antes de haber averiguado nada. Yaramaru es una isla de pequeñas proporciones, y apenas cuenta con quinientos habitantes, de los cuales trescientos cincuenta son hawaianos, cien, chinos, y el resto, norteamericanos del continente. En un lugar así, todos se conocen y de todo se habla. Ellos mismos, sin que usted haga preguntas, le irán poniendo al corriente de cuanto le interese. No tenga prisa. Si se muestra prudente, puede conseguir averiguar lo que nos interesa.

Se desnudó y se duchó.

Mientras se secaba con una toalla, recordó las confidencias de Walter Greeman:

—Tom

O’Ryan

fue enviado a Yaramaru para investigar unos extraños fenómenos ocurridos en el Pacífico, precisamente en el área de las Hawaii. Hace tres meses se produjo un fortísimo maremoto, que hizo zozobrar a

centenares de naves de gran tonelaje, además de cerca de un millar de pesqueros y cargueros...

Los sismógrafos de Oahu e incluso del Japón habían captado el movimiento sísmico causante de aquella tragedia, de enormes proporciones, en la que más de dos mil personas habían perdido la vida.

—A pesar de ello, el Gobierno de nuestro país no le dio mayor importancia al asunto. En el Pacífico suelen producirse docenas de maremotos cada año, de mayor o menor potencia.

Pero algo vino a poner sobre aviso a los hombres de la CIA: la policía de Los Angeles había detenido a un joven chino, llamado Charlie Wong.

—Wong se había emborrachado como una cuba, y pretendía obtener dinero a cambio de un lingote acoro.

Según Greeman, aquel lingote no tenía la marca característica de las compañías auríferas.

—Por ello, Wong fue sometido a un largo interrogatorio. Confesó algo tan extraño que, en principio, la policía se resistió a creerle. Dijo que había robado aquel lingote al hombre que provocaba los maremotos.

Según el chino, había vivido en Yaramaru durante dos años, dedicado a la pesca. Dijo que había recalado en un atolón, a unas ciento cincuenta millas de Yaramaru, y que había sorprendido a tres personas que manejaban un extraño aparato, a la orilla del lago interior.

Lleno de espanto, había visto como el agua del atolón se vaciaba en el cono volcánico y el antiguo volcán estallaba con increíble furia, vomitando millones de toneladas de lava.

A la mañana siguiente, pasada ya la borrachera, Charlie se volvió atrás de su confesión de la noche anterior.

—Parecía aterrado, consciente de que la borrachera le había obligado a hablar más de la cuenta. Trató de hacer creer a sus interrogadores que lo que había dicho sólo era un delirio, producido por el alcohol. Pero el comisario de policía de Los Angeles decidió poner aquel asunto en conocimiento del gobernador, que a su vez se puso en comunicación con Washington. Y la CIA envió a uno de sus mejores hombres a Yaramaru. El resto ya lo sabe...

Greeman afirmó que la CIA había llegado la investigación

adelante, influida por un hecho revelador e inquietante: Charlie Wong había sido envenenado en su celda de la comisaría de Los Angeles, dos días más tarde.

## CAPÍTULO IX

Había resultado que Greeman tenía razón; sin necesidad de mostrarse curioso, Michael estuvo en pocos días, al tanto de todo lo que le interesaba conocer en Yaramaru.

La gente de la isla era sociable y espontánea. Y el que se mostró más cordial e interesado en su amistad fue precisamente el anciano John Mohawoo, el propietario del negocio más heterogéneo de Yaramaru.

—Usted me recuerda a alguien —le dijo Mohawoo, el primer día—. Déjeme recordar... Sí, yo diría que se parece bastante a Tom O’Ryan.

Pero no, no es posible: usted se llama Jones...

—¿Quién es O’Ryan?

—preguntó Michael, realizando un enorme esfuerzo para disimular su ansiedad.

—Un americano del continente, como usted. Una buena persona: cordial, amable, simpático... Por desgracia, desapareció misteriosamente hace poco más de dos meses —afirmó el anciano, moviendo la cabeza, apesadumbrado.

Las preguntas pugnaban por salir de los labios de Michael. Pero no fue necesario hacerlas: Mohawoo siguió hablando espontáneamente.

—Labwana... Esa mujer le sorbió el seso. Labwana figura como ayudante del doctor Burke... Desde el momento en que la conoció, O’Ryan cambió mucho. Bebía más de la cuenta y dedicaba todo su tiempo a esa hermosa mujer... Luego,  
O’Ryan

desapareció de repente. No sé... Tal vez se ahogó. Le gustaba nadar, bucear... Es posible que lo devoraran los tiburones...

Mohawoo le habló también de los más destacados personajes de la isla.

—Harrison es el dueño del «motel». Chang trafica con la pesca y las perlas... También está ese extraño doctor Burke, un hombre que habla con acento alemán y que, al parecer, llegó a Yaramaru para cazar insectos...

Transcurrieron tres días.

Michael había alquilado a John Mohawoo un viejo *jeep* para desplazarse a través de los caminos de la isla. Yaramaru era de pequeñas proporciones, como había asegurado Greeman, pero recorrer a pie sus once kilómetros de longitud resultaba demasiado penoso.

Mohawoo expendía también gasolina, lubricante y algunos repuestos, y se ocupó de que su mecánico dejase a punto el vehículo.

Aquella mañana, Michael salió de su cabina a dar comienzo a una expedición por la isla. Para los isleños, él era un botánico, y debía mostrar ostensible interés por las plantas que crecían en la fértil tierra volcánica de Yaramaru.

Cuando descendió, conduciendo su *jeep*, Sally Perkins estaba en la puerta de su oficina.

—¡Buenos días! —saludó el americano, deteniendo el vehículo a la altura de la bella mestiza.

—Buenos días, profesor Jones. Veo que se dispone a conocer nuestra flora...

—Así es. No puedo perder el tiempo... Por cierto, me gustaría invitarla a venir conmigo. Mi trabajo sería menos monótono, y usted podría servirme de guía, Sally. Pero supongo que no será posible...

—¿Por qué...? —preguntó ella, con ansiedad.

—Su trabajo. ¿No consiste en esperar a sus posibles clientes?

—¡Oh, eso...! No, el «*ferry*» no llegará hasta pasado mañana, por tanto no hay clientes, así que puedo cerrar tranquilamente la oficina. ¿De veras no le importaría llevarme?

—Por mí, encantado. ¿Viene, entonces...?

—¡Espéreme un minuto! Volveré enseguida.

Michael la vio correr como una chiquilla hacia la oficina.

—Como una chiquilla... —murmuró—. Pero ¿qué es Sally, sino una adolescente?

Bueno, el suyo era un maduro cuerpo de mujer, a pesar de sus dieciséis años. Michael había podido comprobar que, en Yaramaru, las chicas se convertían en mujeres pronto...

Sally volvió enseguida. Había cambiado su falda por un ajustado pantalón tejano, que revelaba atractivamente sus espléndidas formas de mujer.

—Bien... ¿Nos vamos? —exclamó, un tanto azorada al notar sobre sí la admirativa mirada de O’Ryan.

El *jeep* arrancó y rodó cuesta abajo, cruzó Yaramaru City y tomó el camino que ascendía hacia las verdes colinas, pobladas de cocoteros.

Viajaron durante un cuarto de hora a través del estrecho sendero, sin cambiar ningún comentario.

La mañana era tibia y perfumada. Conduciendo lentamente el *jeep* sobre aquel caminito bordeado de espesa vegetación, el pensamiento acudió, rauda, a la mente de Michael O’Ryan.

—Un delicioso lugar donde vivir una existencia dulce y tranquila. Un trabajo que me permitiera ganarme el sustento, un pequeño y confortable «*bungalow*», una muchachita tan bella como Sally...

Pero Sally apenas era una niña con cuerpo de mujer. Y, por otra parte, Michael no podía olvidar que Tom O’Ryan

había venido a aquella paradisíaca isla para... morir.

Sally encendió un cigarrillo, y se lo ofreció, tras lo cual encendió otro para ella misma.

Con el cigarrillo en los labios, e inmerso en sus pensamientos, no pudo percibir la proximidad de aquellos tres hawaianos al borde del camino, hasta que el *jeep* cruzó junto a ellos.

Uno de los isleños, el más musculoso y corpulento, se plantó de un salto en mitad del camino. Michael tuvo que frenar bruscamente para impedir atropellarlo.

—¿Qué le ocurre, se ha vuelto loco? ¡Ha podido acabar

destrozado bajo las ruedas! —exclamó Michael.

El hombrón apoyó sus anchas manos sobre el capot, y sonrió.

—No soy yo quien va a morir, americano —dijo.

En aquel momento, la hoja de un cuchillo se apoyó en el cuello de Michael.

Quiso girar la cabeza para ver al que le acometía, pero la afilada hoja del cuchillo mordió su carne, y le obligó a permanecer inmóvil.

El motor seguía girando con leve rumor. Y la sangre, cálida, se deslizó por el pecho de

O’Ryan.

A su lado, Sally, palidísima, permanecía rígida en su asiento, a punto de dar suelta a un alarido de espanto.

Luego, de repente, algo estalló en el cerebro de Michael.

Dejó escapar un grito agudo, alzó el codo izquierdo y golpeó con tremenda potencia el estómago del hombre que oprimía el cuchillo sobre su cuello.

El arma describió un arco destellante en el aire, y fue a caer a tres metros de distancia, camino adelante.

El isleño que se había interpuesto en su camino, lanzó una maldición ininteligible y saltó ágilmente en el aire para recuperar el arma.

También

O’Ryan

murmuró algo entre dientes. Bruscamente, pisó el embrague, metió la primera velocidad y el *jeep* saltó hacia adelante.

Los dedos del hawaiano agarraban ya el mando del brillante cuchillo, cuando la rueda izquierda del *jeep* se inmovilizó, bloqueada por el freno, sobre su antebrazo.

Sonó un desagradable crujido de huesos rotos y el hombre apresado bajo la rueda dejó escapar un chillido agudísimo, que resonó en el valle.

Michael se llevó una mano al cuello, y la retiró manchada de sangre.

Miró hacia atrás. Los dos restantes isleños estaban incorporándose en aquel momento.

Michael metió la marcha atrás, embragó y aceleró.

El paragolpes trasero del vehículo los alcanzó antes de que consiguieran apartarse del camino.

Uno de ellos rodó sobre la floresta, con una pierna rota. El otro consiguió incorporarse, indemne al parecer, y se alejó a grandes saltos hasta desaparecer entre la exuberante vegetación que flanqueaba la senda.

Un hombre apareció en el camino, proveniente de la selva.

Era alto, calvo, con un cráneo cuadrado, poderoso, y unos ojos de un azul desvaído. Vestía un descuidado y sucio traje colonial, y quedó inmóvil en el sendero, contemplando al hawaiano que gemía en el suelo, con el brazo roto.

Michael puso en movimiento el *jeep*, y frenó a su altura.

—Este hombre no volverá a utilizar su brazo derecho —afirmó el desconocido—. Sus huesos se han astillado y, aunque lleguen a soldar, el cubito y el radio no podrán articularse de nuevo...

—¿Quién es usted? —preguntó Michael, observándole fijamente.

—Doctor Helmut Burke, entomólogo —se presentó—. Usted debe ser el profesor Jones. He oído hablar de usted... Tal vez podría hablarme de lo ocurrido aquí. Estos hombres están a mi servicio.

—En tal caso, es usted quien me debe una explicación, doctor Burke —respondió

O’Ryan,

con voz fría—. Sus tres matones intentaron asesinarle.

Y mostró la herida de su cuello que, aunque superficial, seguía sangrando y empapando su camisa.

—No lo entiendo... —Burke dirigió una rápida mirada a Sally, que seguía inmóvil en su asiento, fuertemente impresionada por el suceso al que acababa de asistir.

—Ahora lo comprendo... —dijo Burke, pensativo—. Este hombre, Waoro, está enamorado de la muchacha que le acompaña, profesor. Conozco a Waoro v... —Burke se cortó, cohibido—. Bueno, sé que está loco por Sally. Quizá sintió celos al ver que ella estaba con usted, no sé... Creo que Waoro trató de intimidarle, de asustarle, pero de ninguna forma de asesinarle.

—Si, como usted dice, sólo se trataba de asustarme, ¿por qué uno de ellos me hirió en el cuello? —preguntó Michael.

Burke sonrió, comprensivo.

—Usted no conoce a los hawaianos, profesor Jones. Parecen inofensivos, amistosos y sencillos, pero... En el fondo son violentos, celosos y vengativos. Créame, profesor... Lamento de veras lo que

ha ocurrido, pero también creo que no debe sentirse preocupado por este incidente.

—¿Y esos dos hombres? —preguntó Michael. Y señaló con un movimiento de su brazo a los dos heridos.

—Yo soy responsable de ellos. Me ocuparé de sus heridas, y me haré cargo de ellos —afirmó Burke.

Muy tenso e impaciente,

O’Ryan

movió la palanca de cambio, y el *jeep* se puso el movimiento.

—Lamento todo esto, profesor Jones —Burke parecía muy impresionado—. Y espero que volvamos a encontrarnos en una ocasión más propicia para entablar una buena amistad...

—También yo lo espero —respondió Michael. Y sintió que sus músculos se relajaban, después de la penosa tensión de aquellos momentos.

Aceleró, evitó el cuerpo del isleño, que se debatía sobre el camino, y pronto perdieron de vista a Burke, y el *jeep* rodó, veloz, sobre el camino.

Pero Sally oprimió su hombre derecho y gimió:

—¡Pare, por favor! Su herida sigue sangrando... ¡Déjeme que le cure!

Michael frenó al final de una curva, al pie de unos gigantescos bananos cargados de fruto.

Sally abrió su bolso, sacó un pañuelo y le restañó cuidadosamente el largo arañazo del cuchillo.

El prieto pecho de la muchacha rozó suavemente su rostro.

—Mmmmm... —murmuró Michael, enardecido.

Los cabellos de la mujer rozaron delicadamente sus mejillas, y

O’Ryan

sintió la sangre correr precipitadamente por sus venas.

—Es apenas una chiquilla —se dijo—. No tengo derecho. Sería un abuso. No, de ninguna forma. Me sentiría como un...

Pero, de repente, sus brazos ciñeron el cuerpo de Sally y la atrajeron hasta que sus labios se unieron violentamente a los de ella.

—¡Sally...! —murmuró, lleno de pasión.

—¡Profesor Jones...! —gimió ella, rodeándole el cuello con sus finos brazos.

—Michael —especificó el hombre, separando un momento sus labios de los de la mujer.

—Michael —susurró Sally, y un estremecimiento apasionado recorrió todo su cuerpo.

## CAPÍTULO X

Hacía calor.

Desde la playa llegaba el relumbre de las hogueras y el melódico lamento de la música de los ukeleles.

En el almacén de John Mohawoo se dejaba oír también la música de un tocadiscos automático. El aparato no debía funcionar muy bien, a juzgar por las continuas patadas que le administraban las personas que depositaban una moneda en él.

Aquella noche, el multinegocio de John Mohawoo estaba desacostumbradamente concurrido. Había casi un centenar de personas ocupando las mesas y la larga barra, y la animación era creciente.

Una mujer, de belleza excepcional, apareció en la puerta, hacia las once.

Caminaba con una gracia tal, que inmediatamente docenas de miradas convergieron en su airosa figura.

También Michael

O’Ryan

la siguió con la vista hasta que la muchacha se detuvo en la mesa que ocupaban el doctor Burke, el comerciante Chang y Dan Harrison, el propietario del motel de Yaramaru City.

Antes de sentarse, la mujer dejó resbalar su mirada sobre las mesas y la poblada barra. Por un instante, los ojos azules de la hembra se cruzaron con los grises de Michael

O’Ryan.

Luego, ella se acomodó en la silla que le ofrecía Dan Harrison.

—Labwana —susurró John Mohawoo al oído de Michael.

Discretamente, Michael observó a aquella mujer, con enorme curiosidad.

—No me extraña que Tom perdiese la cabeza por ella —pensó—. Es hermosa. Parece irradiar sensualidad... Perfecta, sí. Pero sus ojos...

—¿Otro *whisky*, profesor? —invitó Mohawoo, dirigiéndole una mirada a través de sus sagaces y vivarachos ojillos.

Distraído, Michael tendió su vaso, mientras vigilaba discretamente la mesa del doctor Burke. A través de la cortina de azulado humo, podía ver las cabezas del alemán, de Harrison y la mujer juntos, cuchicheando, como si tramasen algo.

—Uno de ellos vendrá ahora a invitarme a su mesa —imaginó.

John Mohawoo, que estaba espiándole con expresión socarrona, dijo en voz baja:

—Acertó, profesor: Labwana viene a buscarle.

Michael no se movió. Pero estaba seguro de que el viejo hawaiano había dicho la verdad.

Bebió un sorbo de *whisky*. Antes de posar el vaso sobre la gruesa madera de la barra, su olfato se impregnó de un perfume suave y sutil.

—¿Profesor Jones? —pronunció una voz musical junto a él.

Se volvió.

Labwana estaba a pocos centímetros de distancia.

Era maravillosa. Una pura llama, que expandía sensualidad, no podía negarse. Unos ojos profundos, enormes, brillantes... Un cuerpo elástico y perfecto.

—¿Sí?

—El señor Burke le invita a su mesa. ¿Quiere venir? —dijo Labwana.

Michael tomó su vaso y la siguió.

El guapo Dan Harrison le dirigió una mirada amistosa. Chang, el chino, le contempló sin expresión, mientras Burke se esforzaba en mostrar un gesto amistoso.

—Vamos, vamos, siéntese, por favor, doctor Jones. Si quiere que le diga la verdad, estábamos todos deseosos de conocerle. Le presento al señor Chang, dueño de la factoría pesquera; al señor Harrison, propietario del negocio hostelero, y a la enfermera Labwana, mi ayudante. Usted y yo nos conocemos ya —fue diciendo Helmut Burke.

Michael se sentó entre Labwana y el doctor Burke.

«Es cierto —pensó—. Labwana sería capaz de hacer perder la cabeza a cualquier hombre. Yo mismo...».

Sentía intensamente la presencia, la proximidad física de aquella mujer. Era como una poderosa llamada de los sentidos, como una fuerza primaria y salvaje...

«Es pura atracción física, sin sentimientos, sin alma —se dijo O’Ryan

—. Todo lo contrario de Sally».

Dan Harrison estaba hablándole. Se interesaba por su trabajo, por sus amistades de América, por sus impresiones acerca de Yaramaru...

—Una isla espléndida —dijo Michael, con una locuacidad que a él mismo le sorprendió—. Una especie de paraíso ignorado. En pocos días, he conocido a gentes sencillas, elementales, que gozan de cuanto tienen al alcance, que entregan amistad sin condiciones, que no necesitan nada más para ser felices... Me gustaría vivir en un sitio así.

—¿Para siempre? —preguntó Harrison, vigilando su expresión—. No crea que Yaramaru es tan perfecta como usted la describe. Para una estancia de unos días, unos meses, tal vez sí, pero al cabo de los años, uno se aburre terriblemente aquí...

—Pero, usted, Harrison, posee un negocio boyante... Quiero decir, que sus ingresos le permitirán hacer, cada vez que le plazca, un viaje al continente, con el que evitar el hastío...

—El profesor Jones tiene razón —intervino Labwana, insinuante—. A mí me gusta Yaramaru. Siempre que no me falten unos miles de dólares en el bolsillo, claro está.

—Y usted, doctor Burke, ¿qué piensa? —preguntó directamente O’Ryan.

El alemán le miró a través de los cristales de sus gafas.

—Yo... soy feliz con mis bichitos. He conseguido una colección de ellos, allá en lo alto de mi casa de las colinas, y no necesito mucho más para distraerme —respondió.

Se humedeció los labios en el licor que tenía en su vaso, y miró críticamente a Michael.

—¿Y usted, profesor Jones? Supongo que habrá podido comprobar la riqueza de la flora de esta isla. Existen especímenes rarísimos, en Yaramaru. Supongo que conoce ya la dionea gigante,

por ejemplo...

¿Dionea gigante? Desde luego, Michael no tenía idea de lo que Burke estaba hablando, pero, como se suponía que era un botánico, asintió maquinalmente.

—Extraña planta, esa dionea —continuó Burke—. Posee propiedades hipnóticas, y sus raíces tienen aplicaciones medicinales, ¿no es cierto, profesor?

—Sí, sí, constituye un ejemplar único —asintió Michael, aturdido, pues sus conocimientos de botánica eran más que superficiales.

—¡Al diablo con todas esas conversaciones científicas! —gritó Harrison, impaciente—. Olvídense de todo eso, y bebamos.

Abrazaba estrechamente a Labwana, pero Michael pudo comprobar que la bella isleña le miraba a él insistentemente. ¿Estaba insinuándose?

Chang, hasta entonces silencioso, propuso que bebiesen wei-wei, un fortísimo licor de caña, elaborado en Yaramaru, parecido al shake japonés.

Una camarera trajo una jarra y pequeños vasos y, poco después, todos estaban brindando jubilosamente.

También Michael

O’Ryan

se vio obligado a beber. Una hora después, comenzaba a sentirse mareado, a pesar de que los demás habían trasegado el doble de aquel licor, y parecían dueños de sí mismos.

Cuando todos se despidieron, Michael murmuró un saludo y abandonó el almacén. Sus pasos eran imprecisos, y pronto chocó contra su *jeep*, en la oscuridad.

Un malestar tremendo le afligía. Comprendiendo que su estómago se encontraba mal, se metió tres dedos en la garganta expeditivamente y vomitó. Respiró profundamente; pocos minutos después, se sentía bien.

Subió al coche, dio al contacto y se alejó.

Cuando se detuvo frente a la cabina número veinte, una voz susurrante sonó junto a él:

—Yo le ayudaré, profesor. ¿O prefiere que le llame Michael?

Labwana saltó ágilmente desde la parte posterior, y le rodeó la

cintura, en estrecho abrazo.

O’Ryan

notó que su sangre se calentaba. Quiso separar a aquella mujer, pero no tuvo voluntad suficiente. Finalmente, ambos penetraron, estrechamente enlazados, en la cabina número veinte.

No muy lejos de allí, Sally Perkins sofocó un sollozo, y volvió entre las sombras a sus habitaciones, próximas a la oficina.

—Soy una estúpida —murmuró, cuando se cobijaba en su lecho—. ¿Por qué llegué a pensar que él era diferente?

## CAPÍTULO XI

El primer detalle era palpable y significativo: el helicóptero posado sobre la plataforma meridional de la casa del doctor Burke, situada en la colina.

—Sería pintoresco que el doctor Burke cazase sus insectos desde ese helicóptero —pensó Michael, burlón.

El segundo detalle importante eran aquellos dos centinelas, que vigilaban la casa de la colina.

—¿Tan importante es su colección de insectos que necesita ser guardada veinticuatro horas al día? —se dijo O’Ryan.

Llevaba más de una semana vigilando aquella casa y sus habitantes. Y había conseguido extraer jugosas conclusiones.

La primera: Chang, el chino, y Dan Harrison acudían dos o tres veces por día a la casa de la colina. A veces, permanecían allí poco más de media hora, tras lo cual los dos individuos, más el doctor Burke y dos nativos, subían a un «Dodge» todo terreno, que les trasladaba a través de los caminos de tierra de la isla hasta la punta más septentrional de ésta.

Desde aquel promontorio rocoso desatracaba, poco después, una potente lancha motora, que se alejaba mar adentro, dirección Nor-Noroeste.

Aquellos cruceros marítimos, con destino desconocido, solían durar hasta el atardecer: sólo entonces regresaba la lancha motora. De regreso, el «Dodge» subía fatigosamente las cuestas, como si llevase una pesada carga, lo que no ocurría a la ida.

Labwana solía frecuentar la casa de Burke, en la colina. A veces, viajaba con el alemán, el chino y el americano, y otras se quedaba en la casa hasta que volvían sus amigos.

Desde su elevada posición, en una colina próxima, distante dos kilómetros, Michael

O’Ryan

podía seguir fácilmente los movimientos de aquellas personas, a través de los potentes prismáticos de precisión que formaban parte de su equipo.

Sólo había algo que no podía ver: el embarque en la lancha motora. El promontorio del salvaje cabo volcánico le impedía la visión.

Le había causado extrañeza otra circunstancia: una chimenea en la casa del doctor Burke arrojaba constantemente una columna de humo. La temperatura de Yaramaru era constante, perfecta. No hacía falta calefacción, ni Burke necesitaba un horno para su trabajo de entomólogo...

Había muchos puntos oscuros; demasiados problemas sin solución. Porque el interés de

O’Ryan

por el doctor Burke tenía su explicación.

Sally Perkins le había jurado que ella no tenía noticias de que aquel isleño, Waoro, sintiese la menor inclinación amorosa hacia ella.

—En Yaramaru nos conocemos todos —habían sido sus palabras—. Sé que Waoro está casado. Por otra parte, apenas le había visto un par de veces... Lo que dijo el doctor Burke, acerca de los celos de Waoro, no es verdad. Esos hombres querían matarte, Michael. ¿Puedes tú explicármelo?

Ni siquiera Michael poseía una explicación medianamente razonable para justificar aquel salvaje atentado, del que guardaba todavía la señal de un rasguño en el cuello.

Otra circunstancia, que le había impulsado a sospechar de Burke, era la siguiente: la noche en que el alemán le había invitado a su mesa, en el almacén de John Mohawoo, Michael se había sentido inmediatamente indisposto, tras beber los primeros tragos de  
wei-wei.

El

wei-wei

era una bebida muy fuerte, pero Mohawoo había dicho:

—Es un licor saludable, profesor. Yo mismo lo bebo a menudo, y jamás sentí el menor malestar. Tal vez... añadieron alguna cosa al wei-wei...

Tal vez... Porque en cuanto Michael vomitó lo que contenía su estómago, experimentó una clara mejoría.

Por último, estaba Labwana. Se había invitado por sí misma a acompañarle a su cabina, del Yaramaru Motel. Deliciosa, sí. Y muy servicial... Se había empeñado en cuidarle y acompañarle durante parte de la noche... Cuando Michael despertó, a la mañana siguiente, Labwana había desaparecido, pero...

O’Ryan

advirtió, sin gran esfuerzo, que ella había estado registrando sus cosas.

Ahora, Michael

O’Ryan

empezaba a comprender que pisaba terreno firme. Algo turbio y misterioso rodeaba a Burke y a sus amigos.

Pero ¿qué, exactamente?

El único medio de averiguarlo era hacer una visita a la casa del doctor Burke. Pero era una maniobra peligrosa: los vigilantes de la casa de la colina estaban armados con metralletas.

Michael contaba con una potente radio, disimulada en el interior de una cámara tomavistas. Sin embargo, Greeman le había aconsejado que sólo la utilizase en caso de rigurosa emergencia.

—Es posible que los hombres que asesinaron a su hermano posean medios suficientes para detectar un mensaje por radio. En tal caso, usted, Michael, estaría en evidencia. Y ello...

Sólo había enviado a Greeman dos mensajes, en forma de tarjeta postal dirigida a una inexistente tía Gertrude Jones, pero que recibiría puntualmente... el propio Greeman.

Gracias a John Mohawoo, Michael sabía que la segunda tarjeta no había salido de Yaramaru.

—Uno de los hombres del doctor Burke estuvo husmeando en la saca del correo. Le vi sacar algo, y destrozarlo en fragmentos. Sentí curiosidad, y recogí aquellos pedacitos de papel. Logré unirlos con gran paciencia... Y supe que era una de sus tarjetas, profesor. Escuche, si necesita que sus envíos lleguen con regularidad, yo me ocuparé de eso.

¿Podía fiarse de John Mohawoo?

Michael no lo había pensando mucho. Mohawoo era un anciano, aunque fuerte y sólido como una roca. John no podía mentirle, porque era un hombre entero y sincero. Cuando tuviera que utilizar sus servicios, acudiría a él, sin dudar.

Aquella tarde, Michael estuvo vigilando, en lo alto de la colina, hasta que volvió la lancha de Burke. El «Dodge» no era visible desde la posición que ocupaba, pero nuevamente advirtió que el automóvil apenas podía remontar las pendientes que escalaba fácilmente a la ida.

A través de sus prismáticos, siguió la marcha del «Dodge» hasta la casa de la colina. Por desgracia, el coche penetraba directamente a un garaje, y era imposible presenciar la descarga.

Descendió aprisa de la colina, y llegó hasta su *jeep*, oculto en lo más espeso de la lujuriente vegetación de la ladera.

Sally vigilaba, a través de los cristales de su oficina, cuando el *jeep* escaló la pendiente que conducía a las cabinas.

O’Ryan

frenó ante la puerta y bajó.

Entró. Sally simuló no verle. Clavaba obstinadamente sus ojos azules en las fichas que tenía sobre la mesa: era evidente que seguía enfadada.

—Sally, necesito de ti —dijo Michael.

—Váyase, profesor —susurró ella, con un hilo de voz, sin mirarle.

—Sally...

—¡Váyase!

—¡Sally, sólo puedo confiar en ti! —rugió

O’Ryan,

exasperado.

Entonces ella le miró. De refilón, pero le miró.

—Usted tiene bastante con Labwana —dijo.

Michael comenzó a perder la paciencia.

—¡Al diablo con Labwana! —Gruñó.

—¿Ya no le interesa? Es una bella mujer; una mujer atractiva y suficientemente madura para un hombre como usted, profesor...

Michael se aproximó a ella, y la tomó por la fina barbilla.

—Apréndete esto, Sally: Labwana no me interesa. Nunca me

interesó.

—Pero aquella noche...

—Aquella noche caí dormido como un tronco, en cuanto me eché en la cama. Labwana estuvo registrando mi equipaje.

—Oh, no imaginé...

—¿Qué imaginaste?

Las mejillas de Sally se tiñeron de grana.

—Está bien, no digas nada —susurró él—. Pero ya sabes lo que hay: esa mujer no me importa, no significa nada para mí.

Sally alzó, de pronto, la mirada, y clavó sus ojos en los de O’Ryan.

—¿Y yo...? —preguntó, anhelante.

Michael quedó en suspenso. Aunque no pudiera imaginárselo ni remotamente, era ahora él quien se sentía azorado.

—Sally, apenas eres una niña... A mí me gustas, te quiero, ¡sí! Pero... ¡eres tan joven! Me he sentido como un canalla, cuando mis sentidos me empujaban locamente hacia ti...

—Pero... ¿me amas?

—Te amo apasionadamente, Sally, pero no tengo derecho a...

Ella se puso en pie impulsivamente, rodeó la mesa, le abrazó y le besó ardientemente en los labios.

—Eso era lo que deseaba oír, profesor Jones. Ahora puedes contar conmigo para lo que sea. Si tengo que morir por ti, lo haré —murmuró, escondido el rostro en el pecho del hombre.

Michael tembló.

¿Merecía, un tipo como él, el amor sin límites de una chiquilla como Sally Perkins?

Hinchó el pecho de aire, y Sally se apretó aún más fuerte contra él.

—Empecemos por el principio ahora. Sally, necesito tu ayuda...

—dijo Michael

O’Ryan.

## CAPÍTULO XII

La espalda le picaba de calor. Arriba, el sol quemaba. Pero Michael había escogido aquella hora, precisamente porque sabía que los vigilantes de la casa de la colina se retiraban entonces al interior de la gran edificación para protegerse del ardor de la canícula.

Se detuvo a poco menos de cincuenta metros de la casa. Observó detenidamente los alrededores, y no vio a nadie.

Era el momento de seguir adelante. Y continuó avanzando.

Veinte metros más allá, terminaba la espesa vegetación que le había protegido hasta aquel momento. Ahora había llegado el momento de avanzar a pecho descubierto.

El terreno, pedregoso ahora, ardía bajo los rayos del sol.

Sin embargo, continuó avanzando vientre a tierra, centímetro a centímetro. Greeman se lo había recomendado. «Nada de prisas, dispone de tiempo suficiente». Pues bien...

Las palmas de sus manos ardían cuando llegó al pie del muro de piedra. Más arriba debía estar la piscina.

Saltó, se agarró a las candentes piedras, y se izó ágilmente. Quedó boca abajo, como un enorme lagarto adormilado, notando que el piso ardía bajo su vientre.

Echó una ojeada. Más allá estaba la caseta donde debía estar alojado el equipo depurador del agua de la piscina, y, más allá aún, la entrada al garaje y, encima, una terraza elevada.

Se puso en pie de un salto, y corrió silenciosamente a guarecerse tras el perfil de la caseta.

La piscina era amplísima, de diseño impreciso y bordes ondulados. Debía ser muy profunda y de unos treinta metros de longitud en su lado más largo.

Muy profunda, desde luego.

Pero ¿qué eran aquellas grandes formas alargadas que se deslizaban en el fondo?

—¡Tiburones! —murmuró Michael—. ¡El profesor Burke cría... tiburones!

Había tres de aquellos escualos, el menor de los cuales medía más de tres metros. El mayor...

La sombra se movió silenciosamente a su espalda.

Michael dejó escapar el aire de sus pulmones, se volvió y... dos manos duras y robustas le empujaron adelante y le proyectaron al vacío.

No había alcanzado aún el agua, cuando comprendió que iba a caer entre los tres tiburones.

—¡Imbécil! —pensó, tontamente—. ¡Te has dejado cazar!

Sin embargo, el contacto con el agua fresca fue muy agradable... en principio.

El lugar de la piscina en el que acababa de caer tenía unos cuatro metros de profundidad.

Michael había leído el «National Geographics» y había visto algunos documentales sobre tiburones. Sabía, pues, unas nociones elementales acerca de los temibles escualos.

Pero ¿de qué iban a valerle, en una situación como aquella? La piscina era un receptáculo limitado y cerrado, donde cualquiera de aquellos animales carnívoros podría acorralarle fácilmente.

Una vez sumergido, dejó que su cuerpo cayera hasta el fondo. El agua era muy clara, y enseguida vio al más grande de los escualos que, casi rozando su blanco vientre sobre el fondo, se volvía de un coletazo poderoso.

—Ya me ha visto —pensó Michael, apoyada la espalda sobre la pared, y procurando mantenerse inmóvil—. Ahora vendrá a conocerme.

En efecto, el tiburón vino hacia él, como una flecha.

Llevaba la boca entreabierta, y sus dos temibles mandíbulas destellaban al sol.

Cuando parecía que iba a chocar contra el hombre, el tiburón giró bruscamente, le rozó apenas, y se alejó.

Pero la leve rozadura había raspado con tal fuerza el costado de Michael que su piel quedó en carne viva.

—Ahora ya conoce mi sabor<sup>[3]</sup> —pensó

O’Ryan

—. Y dentro de unos segundos volverá para darme una dentellada.

Llevaba unos cuarenta segundos bajo el agua, y sus pulmones no se habían hinchado lo suficiente de oxígeno para resistir mucho más.

Más allá, a unos quince metros de distancia, nadaban los otros dos tiburones, dispuestos a intervenir, en cuanto el de mayor tamaño iniciase el ataque.

Y el ataque del peligroso escualo se produjo diez segundos después. De repente, Michael vio su silueta acuadínámica avanzar, a tremenda velocidad sobre él.

Sólo en el último momento disparó sus piernas como ballestas y se impulsó hacia arriba.

En la superficie se agitó un torbellino de espuma cuando Michael se afianzó en el borde de la piscina.

Una silueta compacta se acercó. Y el vigilante chino que llevaba la metralleta en bandolera, alzó una de sus botas y machacó sus dedos.

Michael gritó de dolor. Pero aguantó... antes de dejarse caer nuevamente en la piscina, y tocar el fondo con sus pies.

Ahora había hinchado al máximo sus pulmones. Delante de él, a pocos metros, evolucionaban los escualos. Arriba estaba el chino de la metralleta, al borde mismo de la piscina.

Michael sabía lo que tenía que hacer para salvar la vida.

Y lo hizo.

Se dio impulso hacia arriba antes de que se produjera la acometida del gran escualo, y taloneó con todas sus fuerzas.

Sus manos emergieron del agua, una de ellas se apoyó en el borde y la otra tiró violentamente del tobillo del vigilante chino.

No se detuvo a escuchar el agudísimo alarido de espanto de aquel hombre, ni siquiera contempló su zambullida. Michael sacó fuerzas de flaqueza, se izó con vigor, y respiró ansiosamente, de bruces contra el candente piso.

Era horrible, sí. Los tres tiburones estaban despedazando al chino, y el agua se teñía de rojo, pero...

Michael sabía que el alarido de aquel infeliz atraería al otro vigilante armado. Y por eso, aunque jadeante, se incorporó y se ocultó tras la caseta del depurador.

Sonaron los pasos, se oyó una exclamación contenida... El hombre se aproximaba al borde de la piscina, y no daba crédito a lo que estaban viendo sus ojos.

Michael rodeó la caseta, saltó sobre él y le arrebató la metralleta de un tirón.

Las facciones del hawaiano se contrajeron de espanto al perder el equilibrio. Se oyó el rumor de su zambullida, el isleño emergió y nadó desesperadamente hacia la orilla, mientras en el centro de la piscina las aguas rojizas se agitaban salvajemente.

Michael tendió al hombre su mano izquierda, le izó hasta arriba y... dejó caer sobre su cráneo la culata de la metralleta.

Corrió cuanto pudo hasta la casa, ascendió la escalera que llevaba hasta la terraza, y se dejó caer de bruces a la fresca sombra.

Esperó tres minutos. Desde la piscina, llegaba el rumor de las aguas, violentamente agitadas por los escualos...

Los balcones del piso superior estaban entreabiertos. Se puso en pie, se deslizó hacia allí y entró.

Todo parecía desierto. Cruzó un gran salón-mirador, alcanzó un pasillo y descendió una escalera.

Un rumor le guió hasta el sótano. Provenía de un grupo electrógeno capaz para alimentar de energía eléctrica a todo un poblado.

Otra puerta. Y detrás de ella... un gran crisol... con quemadores a fuel-oil.

Una gran chimenea se elevaba sobre el crisol.

—Supongo que de aquí brotaban los humos... —susurró.

En el crisol quedaban pequeñas bolitas de... ¡oro!

El crisol estaba frío. No debía haber sido utilizado aquel día... Pero un crisol para fundir... ¿oro?

Michael recordó entonces el lingote de oro que Charlie Wong había intentado vender en Los Angeles.

—«*Se lo robé al hombre que producía los maremotos...*».

El piso de la gran nave estaba cubierto de arena. ¿Por qué precisamente de arena? Michael se arrodilló, apartó puñados de arena, y comprobó que debajo de la arena existía un sólido piso de hormigón.

Su mirada, inquieta, recorrió el suelo. Y luego corrió hasta el

fondo, allí donde la arena se elevaba unos centímetros más.

Apartó a manotazos la húmeda tierra, limpió el piso y... descubrió la trampilla metálica oculta debajo.

Tuvo que dejar la metralleta en el suelo para tirar con todas sus fuerzas de la argolla. Y la trampilla se alzó.

Había una escalera de peldaños de hierro, empotrados en el muro de hormigón.

Descendió con cuidado, pues la oscuridad era casi total, allá abajo.

Al fin, sus pies tocaron el suelo. Tanteó el muro. En la penumbra, vio el interruptor y lo pulsó: una vivísima luz iluminó el subsótano.

Michael parpadeó, maravillado.

Al fondo de la estancia, se elevaba una enorme pila de lingotes de oro, perfectamente adosados al muro.

—¡Di... diablos! —consiguió rezongar, estupefacto—. ¿Cuántas toneladas debe haber ahí?

Caminó hacia allá, tomó un lingote entre sus manos, incluso lo olió, lo miró, lo remiró:

Era oro. ¡Oro, en cantidades inimaginables...!

¿Un rumor arriba?

Michael corrió hacia la escalera de hierro que llevaba a la trampilla: acababa de recordar que se había olvidado la metralleta en la planta superior.

Comenzaba ya a escalar los peldaños, cuando se oyó la sucesión de rápidas detonaciones.

Saltó de costado, y rodó violentamente sobre el piso, al ver saltar esquirlas de hormigón muy próximas, que llegaron a herir su rostro.

Arriba se escuchó un grito burlón.

—Parece que lo encontró, profesor. Pero no va a servirle de mucho...

¡Labwana...!

—¡Estúpido de mí! —pensó Michael—. ¡Olvidé que ella no tomó esta mañana la lancha motora...!

Arriba sonó un crujido.

—Ha cerrado la trampilla —gruñó O’Ryan.

Y comprendió que estaba atrapado, mortalmente atrapado.

Cuando comprendió que no existía peligro inminente, Michael se incorporó, caminó hasta la pila metálica, y acarició tristemente los lingotes de oro.

—Todo el oro del mundo y... voy a morir —trató de burlarse.

## CAPÍTULO XIII

Burke se bebió una enorme jarra de cerveza helada.

—No sea estúpido, Michael —gruñó, satisfecho—. Yo supe, desde el primer momento, que usted era hermano de Tom O’Ryan...

Michael se rebulló en el suelo.

—¿Qué día es hoy? —preguntó. Y su pregunta parecía una incongruencia.

—¿Qué más da? —Burke rebosaba pura complacencia—. Le digo que...

—¿Qué día es hoy? —insistió

O’Ryan.

Labwana se aproximó a él, y le largó una patada en pleno rostro.

¿Qué más daba? Ya se habían ocupado los lacayos de golpearle y herirle a placer... Que ahora volvieran a sangrar sus labios carecía realmente de importancia.

Chang le miraba fijamente a través de sus oblicuos ojillos inexpresivos. ¡Inexpresivos! Y, sin embargo, cuánta refinada maldad en aquel pequeño cerebro en forma de limón... (Chang había sido el más refinado a la hora de martirizarle, incluso le había atado una fina cuerda alrededor de los testículos y...).

Burke volvió con otra jarra de cerveza.

—No son idénticos. No eran idénticos, quiero decir, pero en sus facciones hay algo, Michael, que recuerda inmediatamente al desgraciado Tom

O’Ryan

—explicó lentamente, exultante de gozo.

—Lo de... Waoro... —Los labios de Michael volvieron a sangrar al pronunciar «Waoro»— y sus otros dos lacayos, no fue una

cuestión de celos, sino un atentado lleno de premeditación.

—¡Touché! —rió Burke, iniciando un escorzo de esgrima—. Claro que no. Pero fue lo primero que se me ocurrió. La verdad es que, en cuanto me dijeron que andaba usted dando vueltas por la isla, decidí eliminarle, para evitar que pudiera meter la nariz en nuestros negocios.

—El tóxico diluido en el wei-wei...

—balbució torpemente Michael.

—Tenga en cuenta que no soy entomólogo, sino doctor en Física y Química... Le indiqué a Labwana que dejase caer en su vaso, todavía vacío, una generosa dosis de un concentrado ácido nicotínico. Pero usted debió adivinar algo, porque se apresuró a vomitar...

—Usted... habló de su colección de bichitos. Supongo que se refería a los tiburones de la piscina...

—Exactamente, mein kameraden. Le confieso, aquí entre nosotros, que entiendo tanto de Entomología como usted de Botánica. En cuanto a los tiburones —Burke agitó elegantemente su mano izquierda—, acabo de deshacerme hace poco rato de ellos. Podían comprometerme, si algún policía curioso decidiese darse una vuelta por aquí. Lo comprende, ¿verdad?

Dan Harrison se agitó, inquieto, sobre su asiento.

—Bueno, terminemos... Todo esto me asquea —gruñó.

—¿Por qué, mein kameraden...? Triunfar tiene sus compensaciones: puede uno refregar su victoria por el hocico del vencido. Heeemm, estoy seguro de que Michael

O’Ryan

no tiene ninguna prisa en morir. Tampoco la tengo yo en llevarle a Haboro.

—¿El atolón? —preguntó Michael, tratando de aflojar un poco la insufrible presión del cable de acero con que Chang había unido sus manos a la espalda.

—Muy inteligente, querido Michael —Burke terminó su cerveza y volvió a llenarla.

Se sentó a dos pasos del hombre que yacía en el suelo, con las ropas ensangrentadas, y le observó con curiosidad.

—¿Sabe usted una cosa, Michael? Creo que hubiera usted sido

un excelente socio. Tiene más... ¿cómo se dice?... redañones que Dan Harrison. E incluso que Chang, nuestro amigo oriental. Chang es un cobarde, en verdad, sólo se siente seguro cuando tiene todas las seguridades de ganar. Una vez le vi temblar de miedo, allá en Haboro —Burke tomó un largo trago de cerveza, y se limpió los delgados labios con la mano—. Sí. Usted hubiera sido un excelente compañero y camarada. Lástima que...

—¿Por qué no le llevamos ya? —preguntó Labwana, impaciente.

—¡¡Cállate, perra!! —rugió Burke, fuera de sí—. Si tenéis prisa, marchaos. Yo pienso permanecer aquí un buen rato, conversando con mi amigo O’Ryan.

Harrison se puso en pie.

—¿No te importa, Helmut? Tengo algo que hacer en Yaramaru City —dijo, nervioso.

—¿Escrúpulos? —Burke miraba a Harrison fijamente.

—No. Pero esto es aburrido. Tengo mejores cosas que hacer...

—Está bien, vete. ¿Tú también, Labwana?

—Me quedo. Quiero ver la cara de

O’Ryan

cuando descienda hasta cinco mil metros de profundidad —murmuró la bella mujer, con increíble sangre fría.

Rostro a tierra, Michael escuchó los pasos de Harrison, resonando sobre el piso.

Tragó saliva, cerró los ojos y... pensó en Sally Perkins.

\* \* \*

El rítmico

rum-rum

del motor de la lancha repercutía dolorosamente en su cerebro.

Michael se retorció sobre sí mismo, pero un ramalazo de intenso dolor le convenció de que era mejor permanecer inmóvil.

En la cubierta de popa estaban el doctor Burke, Chang y Labwana. La mujer permanecía impudicamente desnuda tendida sobre la cubierta, recibiendo los rayos de sol sobre su piel dorada.

Burke miraba a la mujer con indiferencia. Y Michael se preguntó si aquel fanático alemán no sería gay...

Un muchacho joven, llamado Okono, estaba al cargo del timón.  
El pedazo de cielo que  
O’Ryan  
podía ver era de un azul brillante, hermosísimo.

—Lástima que tenga que morir —se dijo.

Greeman le había enviado al degolladero, no cabía duda. Y él había aceptado el riesgo como un pajarito...

—¿Qué ideas bullirán en la cuadrada cabeza del doctor Burke?  
—se preguntó, observándole.

Para Michael, Burke era el prototipo del esquizofrénico. Bastaba comprobar sus movimientos nerviosos, inquietos, sus perceptibles cambios de expresión, su voluble temperamento, que iba vertiginosamente desde la fina cortesía a la más salvaje grosería...

Como si el alemán pudiera penetrar en su cerebro, éste alzó la cabeza y le miró.

—Usted me preguntó de dónde habíamos sacado las toneladas de oro que guardamos en el sótano, ¿verdad,  
O’Ryan?

—preguntó.

Michael asintió, con un ademán de la cabeza.

—Pues bien, quiero satisfacer su curiosidad. Cuando yo llegué hasta estas islas, hace unos diez años, escuché de los labios de un viejo isleño una historia extraordinaria. Me contaron que años atrás se había producido una lluvia de oro en altar mar...

\* \* \*

El marinero del «Sea Runner» mostró con gran misterio aquel pedazo de metal, en forma de lámina.

Burke sabía lo suficiente de metales preciosos para comprobar inmediatamente que era una lámina de oro. La sopesó y calculó que pesaría algo más de medio kilo.

—¡Era oro, oro derretido! —insistió el marinero—. ¡Mire su forma! Aplastada, plana, como si un chorro de metal fundido hubiera caído y se hubiera solidificado en el suelo..., aunque donde cayó fue sobre la cubierta del «Sea Runner» que usted ve ahí, varado y carcomido.

—¿Sólo encontraron este pedazo? —preguntó el alemán,

prendido ya el interés.

—¡No, no! La cubierta quedó llena de láminas como ésta. Las maderas quedaron quemadas debajo... Cuando terminó aquel fenómeno, todos los tripulantes del «Sea Runner» nos abalanzamos a recoger las láminas de oro. Los demás las vendieron en secreto. Yo guardo ésta para cuando no pueda valerme por mí mismo. Entonces la venderé y viviré mis últimos años con lo que me den a cambio...

—Es extraño. ¡Una lluvia de oro! —exclamó Burke.

Poco a poco, con infinita paciencia, fue recomponiendo aquel suceso.

Burke averiguó que el pequeño «Sea Runner» se encontraba a unas ciento cincuenta millas al sur de Yaramaru cuando tuvo lugar aquella milagrosa «lluvia de oro».

Precisamente en aquella zona se encontraba el atolón de Haboro, brotado del fondo del mar como consecuencia de una erupción volcánica submarina.

Burke comenzó a esbozar una hipótesis. La «lluvia de oro» de la que le hablase el viejo marinero del «Sea Runner»... sólo podía deberse a la erupción volcánica.

Las cosas podían haber ocurrido así: la lava candente había atravesado una capa de cuarzo aurífero, el metal se había fundido en las entrañas de la Tierra y había sido escupido a la atmósfera por la fuerza de las explosiones de gases de su cráter.

Burke alquiló una embarcación, contrató a unos cuantos buceadores expertos, y se dirigió al atolón de Haboro.

Unas muestras tomadas por los buceadores, del fondo del atolón, fueron examinadas en secreto por Burke, que descubrió, en la toba volcánica, fragmentos concretos de oro.

Burke se trasladó de Oahu a Yaramaru. Hizo numerosas visitas al atolón de Haboro y una idea diabólica germinó en su mente: si el dormido volcán volviese a entrar en erupción, de su cráter brotaría oro fundido.

Consideró también que el fondo marino debía estar regado de láminas de oro en unas cuantas millas a la redonda, pero recoger aquel tesoro sería muy engorroso: el paso de los años habría depositado unos cuantos centímetros de lodo sobre las láminas auríferas.

Volvió, pues, a su primera idea. Es decir, tenía que ingeniárselas

para provocar artificialmente una nueva erupción en Haboro.

El plan parecía loco y fantástico, pero Burke se puso manos a la obra, enseguida.

Adquirió un aparato de «sonar», y estableció que la capa de lava que, bajo las aguas, tapaba la chimenea del volcán, apenas tenía tres metros de grosor.

¿Qué ocurriría si aquel «tapón» era destruido mediante una carga suficientemente potente...?

Sencillamente, por la chimenea penetrarían tumultuosamente millones de hectolitros del agua que llenaba el interior del atolón. Las aguas descenderían miles de metros, provocarían una súbita contracción de las candentes rocas de las profundidades, y se provocaría una formidable explosión, que iniciaría la erupción.

Para realizar aquellas pruebas, Burke necesitaba un socio capitalista. Pronto conoció a Chang, y éste le presentó a Dan Harrison. Los cuales se sintieron ganados por la codicia, cuando el alemán les desveló el asunto, con toda clase de pruebas y explicaciones científicas.

Una vez de acuerdo los tres socios, se unió a ellos una nueva persona: Labwana, a la que Harrison, atolondradamente, se había confiado. En principio, Burke estuvo tentado de asesinarla, pero luego comprendió que la bella isleña podría serles de mucha utilidad.

Burke permaneció muchos meses sólo en su casa de la colina. Estaba montando un excitador electrónico, que permitiría estallar explosivos a gran distancia.

Y llegó el día de la gran prueba. Como precaución, se trasladaron a Haboro, en un helicóptero: Burke sabía que el helicóptero sería la única vía de escape, si su experimento tenía éxito.

Ya en el atolón, Chang y Harrison hincharon un bote neumático, cargaron tres enormes cajones estancos, llenos de explosivos plásticos, provistos de detonadores electrónicos, y remaron hasta el centro del lago de agua salada.

Las cargas fueron arrojadas al profundo embudo volcánico, y los hombres volvieron, con el bote, a tierra.

Todos miraron, expectantes, a Burke.

—¿Y ahora...?

—Subid al helicóptero y esperad. Yo me reuniré con vosotros enseguida.

Burke graduó la intensidad del excitador, y presionó el botón de disparo. Una muralla líquida se alzó de las profundidades. Burke corrió hacia el helicóptero, y ordenó a Okono que despegase.

Desde unos cien metros de altura, contemplaron la vorágine desatada en el centro del atolón: las aguas furiosas, giraban en torbellino, engullidas por la chimenea del volcán, al tiempo que se producía un alud vertiginoso del mar hacia el atolón.

El helicóptero se elevó a más de seiscientos metros, separándose del eje del volcán.

Pasaron dos minutos, tres...

De repente, sonó una explosión potentísima, y de la chimenea del volcán brotó una columna de fuego líquido, seguido de una gran humareda, que llegó a ocultar el sol.

—Volvamos a Yaramaru —indicó Burke—. ¡El experimento ha sido un éxito completo! Volveremos cuando el volcán se apague por sí solo.

El fortísimo maremoto producido hizo zozobrar centenares de buques y pesqueros, y causó más de mil muertes.

Pero a Burke sólo le interesaba su experimento, que podía producirle un verdadero río de oro.

Quince días después, cedió la erupción. Con toda clase de precauciones, pues la marina de guerra había estado patrullando aquella zona, Burke y sus socios se dirigieron, en helicóptero, a Haboro.

El anillo rocoso del atolón se había elevado más de diez metros, y había desaparecido toda vegetación.

Pero el fondo marino estaba regado de oro, alrededor del atolón.

## CAPÍTULO XIV

—¿Cómo consiguieron que los geólogos o los curiosos se mantuvieran apartados de Haboro? —preguntó O’Ryan.

—Muy fácil. Monté un artilugio, que produce una columna de humo continua. Los que, a distancia, observan el humo, imaginan que el volcán va a entrar de nuevo en erupción, y se mantienen prudentemente alejados —respondió Burke.

—Usted asesinó a mi hermano, ahora estoy seguro de ello... Pero ¿cómo lo hizo?

Burke dejó escapar una carcajada.

—¿Aún no lo ha comprendido? Hace setenta días provoqué una segunda erupción del volcán de Haboro. Pusimos a Tom O’Ryan

en un bote, y le empujamos hasta el centro del lago. Entonces utilicé el excitador electrónico para hacer estallar las cargas que previamente habíamos dejado caer al fondo. Se produjo la explosión y... transcurrieron dos minutos y sesenta segundos. Entonces... ¡plaff!, surgió una tremenda explosión de gases y lava... ¿Qué más quiere que le cuente? Por desgracia, la erupción, esta vez apenas duró unas horas, y sólo nos fue posible recoger unos doscientos kilos de oro...

Burke parecía afligido, mientras sus ojos contemplaban, indiferentes, la sangre que manaba, gota a gota, de las atadas manos de Michael

O’Ryan.

—Ahora... Todas las circunstancias parecen coincidir para un final feliz. En primer lugar, mi querido amigo, tenemos que deshacernos de usted. Hemos pensado que... podíamos enviarle con

su hermano, a unos cinco mil metros de profundidad. Para usted... ¡será una experiencia inigualable! Porque, imagínese, descenderá, tal vez vivo, a través de la ancha chimenea del volcán, y arrastrado por las aguas, hasta una profundidad de... ¡algo más de cinco kilómetros! De paso, nosotros tal vez obtendremos un éxito superior al del último experimento y, con ello, unas cuantas toneladas más de oro —declamó el loco doctor Burke.

Michael se estremeció. De forma que así se habían desembarazado del pobre Tom...

«Quizá no debiera compadecerle... Porque voy a seguir su mismo camino», pensó.

Sentía que la sangre brotaba entre sus dedos, tibia y viscosa. Pero continuó su lenta labor, sin dejarse vencer por el lacerante dolor de su carne herida...

Para disimular sus lentos movimientos furtivos, preguntó:

—¿Y Harrison? ¿Va a perderse el espectáculo?

Hubo un destello en los ojos del impassible Chang, que inmediatamente miró al doctor Burke.

—¿Harrison? Le tendremos aquí dentro de media hora. Pero ¿aún no ha comprendido las reglas del juego, Michael? Vamos a provocar una nueva explosión, y para salvarnos necesitamos el helicóptero. Harrison es un excelente piloto, y volará desde Yaramaru hasta Haboro —respondió Burke.

Labwana se desperezó, todavía completamente desnuda, sobre su hamaca situada a popa.

—Yo vi aquella enorme pila de lingotes —murmuró Michael, reflexivo—. No conozco la cotización actual del oro, pero pienso que su valor es posible que sobrepase los mil millones de dólares...

—Mil trescientos millones, exactamente —dijo Burke, jactancioso.

—Una cantidad de dinero que entraña un poder enorme. Y el dinero engendra codicia... ¿Está seguro, doctor Burke, que no ha considerado la posibilidad de eliminar a sus socios para quedar como dueño absoluto de esa formidable fortuna...?

Burke se alzó, de un respingo.

—¿Cómo diablos se le ha ocurrido? Oh, nein, nein, mein Gott... —rugió, nervioso—. Hay... oro para todos. A mí... jamás se me ocurriría una... traición... —exclamó, atragantándose por la ira.

Pero Michael volvió a la carga, con redoblado ímpetu:

—¿No? ¿Por qué, entonces, se altera de ese modo? ¿Por qué puso tanto interés en que todos sus socios viniesen a Haboro? Reflexione: usted y Chang, por ejemplo, se bastaban para llevar a cabo los preparativos de su tercer experimento. Pero no: usted, Burke, se las ha arreglado para que todos acudan a la cita. Y en cuanto a usted le convenga... los asesinará con toda frialdad para quedar como dueño absoluto de esos mil trescientos millones de dólares...

—¡Nein...! —rugió el alemán, golpeándole de una salvaje patada en el estómago.

Michael se retorció sobre sí mismo, y escupió un buche de bilis, pues no había ingerido alimento alguno en las últimas veinticuatro horas.

—¡Sí! —gritó con rabia—. Conozco sus proyectos. Los matará a todos, ¡a todos! Es usted una bestia, un animal feroz, frío y deshumanizado. ¡Mire a Chang! ¡La desconfianza se ha apoderado de él! Ese chino también le conoce a fondo, y sabe que no es posible fiarse de usted. Y Labwana... está aterrada. El espanto se ha apoderado de su corazón porque empieza a comprender la verdad.

Una retahíla de denuestos brotó de los labios de Helmut Burke, cuyo rostro se había congestionado hasta alcanzar un tono bermejo. Fuera de sí, Burke golpeó a patadas en la cabeza, al hombre caído, hasta que éste perdió el conocimiento.

Okono se volvió a mirar. Sentía una repugnancia infinita, pero también temía al doctor Burke hasta límites inconcebibles.

Chang se había incorporado rígidamente. Y Labwana parecía haberse replegado sobre sí misma.

En aquel momento, Okono lanzó su grito:

—¡Haboro a la vista...!

\* \* \*

La lancha se balanceaba junto a las escarpadas orillas volcánicas del atolón.

Okono y Chang habían descargado los cajones de explosivos y el excitador electrónico, pero el chino volvió enseguida. Demostraba mucha prisa por regresar junto al doctor Burke, y dijo al hawaiano:

—Arrastra a

O’Ryan

hasta la orilla del lago —y se marchó, saltando ágilmente sobre los erizados bordes de lava solidificada.

Okono saltó a la lancha, caminó sobre el costado de estribor, y alcanzó la cubierta de popa.

Miró la sangre que brotaba de las manos del prisionero, y tragó saliva.

—También a ti van a matarte, Okono —murmuró Michael, girando el cuello—. Te enviarán conmigo al fondo del volcán.

—¡No, no, no lo harán! —gimió el isleño, aterrado—. Yo les he servido lealmente. No sería justo que hicieran eso conmigo...

—¡No seas estúpido, Okono! ¿Crees que el doctor Burke se ha comportado con justicia alguna vez? Es un loco, un fanático egoísta y codicioso... ¡Os matará a todos, a todos! Si quieres salvarte, ahora estás a tiempo. ¡Suelta los cables que me sujetan!

Okono retrocedió dos pasos.

—No puedo... ¡Ellos me acribillarían a balazos, si te vieran libre! —sollozó.

—¡Escucha! Ellos no advertirán nada... No es necesario que retires los cables. ¡Suéltalos, desátalos tan sólo, de forma que ellos crean que sigo atado! ¡Vamos, Okono, tú puedes hacerlo! —insistió Michael, desesperadamente, consciente de que en aquellos momentos estaba jugándose la vida.

Finalmente, Okono se inclinó sobre él y comenzó a aflojar los durísimos y finos cables que sujetaban sus muñecas y sus tobillos.

Los nervios le traicionaban, sobre todo al tocar las manos sangrantes del prisionero. Pero al fin, los cables se aflojaron y Michael comprendió que podría soltarse en cuanto se lo propusiera.

—¡¡Okono...!! ¿Qué diablos esperas para traer a ese hombre aquí? —resonó el grito de Chang.

El isleño se inclinó, tomó a Michael en sus brazos y se lo cargó como un fardo, a la espalda. Tras lo cual, saltó con esfuerzo a la cubierta de proa, y de allí a la orilla.

Llegado arriba, Chang, que los esperaba, dirigió un desconfiado vistazo a las ligaduras del prisionero, y pareció convencido.

En aquel momento, Michael escuchó el potente zumbido sobre sus cabezas.

—¡El helicóptero! —exclamó Okono. Y caminó en pos de Chang hacia la orilla del lago.

El aire desplazado sobre sus cabezas refrescó la frente ardorosa de Michael

O’Ryan.

Súbitamente, llegó la idea a su mente.

—¡Okono! —susurró—. ¡Fuiste tú quien me escribió, en nombre de mi hermano, Tom

O’Ryan!

—Sí —respondió el hawaiano en el mismo tono—. Me compadecí de él, me lo pedía un hombre que iba a morir. También a ti te he desatado, exponiéndome a morir, por la misma causa.

—¡Bendito seas, Okono! Tú tienes corazón y mereces vivir. Pero ellos, no —surgió bronca la voz de Michael—. Ellos son unas fieras sin entrañas, y sólo merecen la muerte.

—¡Cállate! Chang está ahí, a unos pasos...

El helicóptero se abatió sobre el atolón en aquel instante y, aunque precariamente, se posó sobre un plano inclinado, a orillas del lago.

Dan Harrison bajó del aparato, dirigió una mirada al cuerpo ensangrentado de

O’Ryan,

y se reunió con Burke, Chang y Labwana, que estaban cargando los explosivos a bordo de un gran bote neumático.

Burke, sobre un promontorio que se alzaba unos tres metros sobre las oscuras aguas del lago, estaba ya manipulando en aquel aparato cuadrado de apenas setenta centímetros de altura: el excitador electrónico.

—Deja a

O’Ryan

en el bote, Okono —indicó Chang.

El isleño saltó al interior del bote, y dejó caer su carga sobre el fondo de la embarcación. Michael dejó escapar un alarido cuando sus manos heridas chocaron con alguna arista metálica del fondo.

—¿Todo dispuesto? —gritó Burke—. Bien, subid a bordo y remad. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Pero Chang, Okono, Labwana y Harrison permanecían inmóviles junto a la orilla.

—¡Vamos! Mein Gott, ¿qué esperáis? —vociferó el científico.

—Por lo que hace a mí, sencillamente no me fío —confesó la mujer.

—Tampoco yo. Las palabras del americano me han obligado a reflexionar —gruñó el chino.

—Yo tampoco subiré al bote. ¿Quién puede asegurarnos que no harás estallar las cargas cuando nos encontremos en el centro del lago, querido Helmut? —exclamó Harrison, inquieto, pero decidido.

Burke se congestionó.

Rugió maldiciones y obscenidades en alemán, pero comprendió que debía transigir.

—¿Qué queréis, entonces? —preguntó.

Chang, Labwana y Harrison se miraron entre sí.

Por su parte, Michael contemplaba, boca arriba, los negros nubarrones que se aproximaban raudamente desde el oeste. La tempestad parecía muy próxima.

—Está bien —dijo Chang—. Subamos todos al bote. Es suficientemente grande para todos, además de los cajones de explosivos. Iremos hasta el centro del lago, dejaremos las cargas, y echaremos fuera a

O’Ryan.

Luego volveremos. Así se borrará toda desconfianza.

Burke se sentía rabioso. ¿Cómo había logrado adivinar

O’Ryan

sus más íntimos pensamientos? Bien, por el momento, no podía hacer otra cosa que transigir con las exigencias de sus socios para borrar las sospechas. Pero no importaba. Más adelante...

Consultó, la intensidad del excitador, graduó los ciclos y lo dejó todo dispuesto. Cuando volvieran, tras haberse desembarazado de O’Ryan,

sólo sería necesario oprimir aquel botón rojo, situado en la parte superior y...

—De acuerdo —accedió con una sonrisa—. Voy con vosotros.

Okono subió inmediatamente al bote, y se acomodó junto al prisionero.

—¡Atento! —susurró

O’Ryan

—. Salta fuera del bote cuando te toque con el codo —y Okono

asintió, tembloroso.

Seguidamente saltaron al bote el doctor Burke, Labwana, Harrison y Chang. Los dos últimos tomaron los remos e hicieron avanzar el bote hacia el centro del lago.

Soplaba un frío viento con mucha fuerza, para entonces. Y el cielo estaba cubierto de grises nubarrones en todo lo que alcanzaba la vista.

Michael

O’Ryan

contenía el aliento, encogido sobre sí mismo. Por segunda vez recordó a Sally Perkins...

## CAPÍTULO XV

Los golpes de las palas se hundían en las oscuras aguas, con tétrico chapoteo.

De repente, se oyó una carcajada.

Y todos miraron sorprendidos, a Michael O’Ryan.

—¡Ría cuanto quiera, amigo mío! —exclamó Burke—. Comprendo muy bien que sus nervios se hayan desatado...

—Nada de eso —afirmó Michael, fríamente—. Me río ante la torpeza y la credulidad de estas pobres personas —con un movimiento de la cabeza, señalaba a Labwana, Okono, Harrison y Chang.

—¿Qué diablos quiere decir? —preguntó Harrison, cada vez más inquieto.

—Pero... ¿No lo han comprendido? Burke sólo quiere librarse de ustedes, sus socios...

El viento soplaba huracanado por encima de sus cabezas, y las aguas del tranquilo lago comenzaban a enfurecerse. Brilló una centella sobre los oscuros nubarrones, y luego se oyó el retumbar fragoroso de un trueno.

—Ya sé... Burke les ha convencido, con su gesto de acompañarles en el bote hasta el centro del lago. Pero ¿no han pensado que...?

—¡¡Cállese!! —rugió Burke, descompuesto. Y se abalanzó sobre él.

—¡Cuidado! —gritó Harrison, espeluznado—. ¡Has estado a punto de volcar este bote! ¿Es que ignoras que yo no sé nadar?

Burke retrocedió, lívido. Porque tampoco él sabía nadar...

—¿Lo ven? Burke se enfurece... porque sabe que es verdad

cuanto estoy diciendo. Dígame usted mismo, Harrison... ¿cuántas personas pueden escapar a bordo del helicóptero, cuando se produzca el maremoto?

Harrison dejó escapar una maldición. Y le miró con expresión desencajada.

—Tres, como máximo —dijo con un soplo de voz.

—¡Tres...! —exclamó Michael—. Sin contarme a mí, ustedes son cinco. Lo que quiere decir que, en el mejor de los casos, dos de ustedes tendrán que ser sacrificados...

Labwana dejó escapar un agudísimo grito de espanto.

—Ahí lo tienen —habló

O’Ryan,

con frialdad—. Burke sólo pensaba en dejarles en la estacada, para convertirse en el único dueño de una fortuna. ¿Quiere negar ahora, doctor Burke?

Pero el alemán, sorprendentemente, no se inmutó.

—Miente para sembrar la duda entre nosotros,

O’Ryan.

No había pensado en el detalle de las plazas del helicóptero, pero todo tiene solución. No haré estallar las cargas que llevamos en el bote —dijo.

A bordo, se produjo un cierto relajamiento. Habían llegado, para entonces, al centro geométrico del lago interior del atolón.

—De todas formas, dejaremos caer las cargas para la próxima vez. ¡Okono! ¡Lanza los explosivos! —ordenó Burke, dueño de la situación.

Okono se alzó despacio y tomó uno de los cajones que estaban en el centro del bote. Lo dejó caer por la borda, y tomó otro. Y así sucesivamente hasta que los cuatro bultos estuvieron sumergidos.

En aquel momento, Michael soltó sus manos ocultas a la espalda, y golpeó con el codo a Okono.

Apenas tuvo que darse impulso con las piernas y dejarse caer de espaldas, y se sumergió en las agitadas aguas. Antes de emerger, vio a Okono, muy próximo.

Michael braceó con fuerza y rozó el brazo de Okono para llamar su atención.

Arriba, a bordo del bote, que se balanceaba a punto de volcar, Chang disparaba su metralleta como loco hacia las aguas... sin

imaginar que

O’Ryan

y Okono permanecían precisamente bajo el bote.

Una navaja brilló en la mano del isleño. Hincó la punta en el caucho endurecido del bote, y el aire se escapó con grandes burbujas.

Inmediatamente, bucearon a tres metros de la superficie, en dirección a la orilla.

Sólo volvieron la vista atrás cuando comprendieron que se encontraban muy cerca de la orilla.

Chang y Labwana braceaban en pos de ellos, mientras Harrison y Burke, locamente abrazados, gritaban como posesos.

Resonó un largo y estruendoso trueno, y gruesos granizos elevaron pequeñas columnas de agua sobre la superficie del lago.

Okono, más rápido, estaba ya escalando la erizada orilla, y Michael hacía pie sobre las rocas, cuando se produjo la tremenda conmoción.

—¡Dios mío! —murmuró Michael, al ver alzarse ^del fondo del lago la altísima columna de agua—. ¿Cómo han podido estallar las cargas?

Dirigió una mirada hacia el excitador electrónico. Los granizos caían sobre sus chapas, golpeándolas ruidosamente...

Y comprendió. ¡Uno de aquellos granizos había golpeado casualmente en el botón que ponía en marcha el excitador...!

Okono le tendió una mano temblorosa, y Michael ascendió la difícil pendiente, con pasos vacilantes, desprovistos de vigor.

—¡Okono! ¡Necesitamos alcanzar cuanto antes el helicóptero! —gritó por encima del estruendo que formaban las aguas del lago, al ser tumultuosamente engullidas hacia las profundidades.

Okono señaló perentoriamente, con un ademán, hacia el borde del lago: ¡allí estaba el helicóptero, casi sumergido, después de ser arrastrado por el huracán...!

—¿Y ahora...? —clamó desesperadamente el hawaiano.

—Corramos hacia la lancha. ¡Lo sé, lo sé! Posiblemente el maremoto nos hará zozobrar, pero es nuestra última esperanza —gritó, desesperado.

Galoparon uno en pos del otro, sin querer volver la vista atrás.

Saltaron sobre la lancha y Okono cortó las amarras, de un tajo

de su cuchillo.

El motor ronroneó, apenas audible, poco después. Okono tomó el timón y aceleró: la lancha se separó unos metros, y volvió a la orilla violentamente sobre el lomo de una ola, pero milagrosamente viró y hendió el agitado mar, y se alejó del atolón.

Dos minutos después, se produjo la violentísima erupción. Pedruscos incandescentes, lava fundida y cenizas calcinadas estallaron en el cono de la chimenea volcánica, y fueron proyectados a millas de distancia, por una fuerza ciclópea y terrible.

—¡Aprisa, aprisa...! —gritaba

O’Ryan,

cuando vio surgir aquella muralla de agua espumosa a sus espaldas.

Espantosas olas de treinta metros de altura corrían, veloces, en pos de la lancha.

—¡Dios mío! —gritó Michael—. ¡Si esas olas montañosas nos alcanzan, la lancha se desencuadernará como un cascarón...!

Okono señaló a las alturas. Michael siguió el movimiento de su brazo, y vio la silueta del gran helicóptero que se cernía sobre ellos.

Temblorosos, los dos se aferraron al mismo tiempo cable que colgaba del helicóptero.

Un minuto después, estaban a salvo.

\* \* \*

Walter Greeman llegó a Yaramaru al día siguiente. Y lo primero que hizo fue visitar a Michael

O’Ryan,

que descansaba, muy maltrecho, en una cama del pequeño hospital de la aldea.

—Me envió usted al matadero, Greeman —comentó

O’Ryan,

dirigiéndole una mirada hostil.

—Acepto que su trabajo era muy difícil. Estaba expuesto a morir, pero... tenía la posibilidad de ganarse una vida nueva y limpia. Y usted lo ha conseguido, Michael. Le felicito sinceramente.

Hablaron durante mucho tiempo. Luego Sally Perkins entró en la habitación, dirigió una mirada amorosa a

O’Ryan,

y Greeman comprendió.

—Supongo que nos ha prestado su primer y último servicio —comentó.

—¿Cómo lo ha adivinado? —se burló Michael. Y se dejó acariciar por las manos de Sally, frescas y suaves—. Pienso permanecer en esta isla por lo que me queda de vida.

—Siento de veras no poder contar con usted en el futuro, Michael, pero comprendo sus razones —y miró con intención a la guapa Sally—. Quiero, sin embargo, darle las gracias, en nombre mío y en el del Gobierno de los Estados Unidos. Gracias a usted, a su aviso transmitido por la señorita Perkins, nos fue posible alertar a todas las embarcaciones que navegaban por las proximidades de Haboro, y evitar una nueva tragedia. Se han salvado muchas vidas humanas, Michael, gracias a usted...

O’Ryan

se encrespó consigo mismo. ¿Por qué se sentía tan torpemente emocionado...?

—Vamos a procurar que su futuro esté asegurado para siempre, Michael. El Departamento del Tesoro va a hacerse cargo de unas cuantas toneladas del oro del doctor Burke, pero a usted le corresponderá un sabrosísimo tanto por ciento —explicó Greeman—. Pero les dejo ahora. Volveré a verle.

El hombre de la CIA abandonó la habitación.

Michael miró a Sally; ilusionado, la apretó contra su pecho, y la besó suavemente en los labios.

¡Sí!, ¿por qué no? También un ex presidiario como Michael

O’Ryan

tenía derecho a sentirse un hombre honrado, libre y feliz.

Con Sally, en la paradisíaca isla de Yamaru, ¿qué más necesitaba?

¡Ah, sí!

Un buen trago en la taberna de John Mohawoo.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

## Notas

[1] Funcionarios, vigilantes, en la jerga de los presidiarios. < <

[2] ¡Bien venidos, bien venidos! ¡Tiren una moneda! < <

[3] La áspera piel de los escualos posee propiedades sensitivas, que funcionan como los sentidos del gusto y del olfato. Mediante un roce, el tiburón establece la índole de su posible presa. < <